

ESTUDIOS CLÁSICOS

bordón



ESTUDIOS CLASICOS

ANEJO DE

BORDON

PUBLICADO POR EL INSTITUTO «SAN JOSÉ DE CALASANZ» DE PEDAGOGÍA

TOMO I

NOVIEMBRE DE 1951

NÚM. 4

COMITE DE REDACCION: JULIO CALONGE, MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO, ANTONIO FONTÁN, EDUARDO GARCÍA DE DIEGO, ANTONIO MAGARIÑOS, FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS Y EDUARDO VALENTÍ.

SUMARIO

	Págs.
ESCRITO DIRIGIDO AL EXCMO. SR. MINISTRO DE EDUCACIÓN NACIONAL.	181
NOTAS DE LA REDACCIÓN	186
BASSOLS DE CLIMENT, M., <i>Los grados comparativos</i>	187
RODRÍGUEZ ADRADOS, F., <i>La selección de textos en la clase de griego</i> .	194
INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA, por M. MARÍN PEÑA, F. R. A., M. F. G., V. E. HERNÁNDEZ VISTA	208
INFORMACIÓN ACADÉMICA	214
INFORMACIÓN CIENTÍFICA:	
MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J., <i>El teatro romano de Málaga</i> (con un plano y dos láminas)	217
M. F. G., <i>La reunión de sociedades clásicas de Cambridge</i>	218
<i>Otras informaciones culturales</i>	220
<i>Algunas notas de bibliografía clásica</i>	226
INFORMACIÓN PEDAGÓGICA, por F. R. A., M. M. P., M. F. G.	230
TEOFRASTO, Selección de <i>Los Caracteres</i> , traducción y notas de M. FERNÁNDEZ-GALIANO (en suplemento encuadernado separadamente).	

ESTUDIOS CLÁSICOS publicará tres números al año (febrero, mayo y noviembre), que formarán en conjunto un volumen aproximado de doscientas páginas

Precios de suscripción:

<i>Juntamente con la revista BORDON</i>	90 pts. anuales
<i>ESTUDIOS CLASICOS solamente</i>	35 pts. anuales
<i>Número suelto</i>	15 pts.

REDACCIÓN: SERRANO, 127

MADRID

OFRECEMOS A NUESTROS LECTORES EL SIGUIENTE ESCRITO, DIRIGIDO
RECIENTEMENTE AL EXCMO. SR. MINISTRO DE EDUCACIÓN NACIONAL:

Los abajo firmantes, Catedráticos de Lengua griega de varias Universidades e Institutos españoles y Catedráticos de Lengua latina que han intervenido en oposiciones de griego o sienten particular interés por esta materia, ante el anunciado estudio de modificaciones en los planes de la Enseñanza Media, se creen en la obligación moral de contribuir con su experiencia de estos últimos años a la solución de los problemas pendientes, por si esta espontánea colaboración puede ser de utilidad cuando se vaya a tomar una decisión en cuanto al destino de la Lengua y Literatura griegas en el Bachillerato, destino por el que, en bien de la cultura nacional, todos nos hallamos interesados.

Estamos de acuerdo, pues el hecho es de absoluta evidencia, en que el exceso de asignaturas es una de las causas, no la única, de que el vigente plan del Bachillerato no haya dado los resultados que de él se esperaban. Se dice a veces que se trata de un plan de Bachillerato humanístico, pero con más exactitud podría afirmarse que es la suma de varios Bachilleratos posibles; y en esa suma las distintas materias sufren todas en igual medida, salvo las que, por no figurar de hecho en el Examen de Estado, resultan aún más perjudicadas, como es, precisamente, el caso del griego. El aligerar de materias el plan es una necesidad que nadie discute. No intentamos, pues, que se haga una excepción a favor del griego en estas proyectadas reducciones: interesa que quede esto bien sentado. De lo que vamos a hablar es de la forma de hacer esta reducción de modo equitativo y eficaz, sin sacrificar caprichosamente determinadas materias.

En las opiniones sobre la reforma del Bachillerato que han aparecido recientemente en los periódicos, el griego es para

muchos la víctima predilecta en el aligeramiento del plan: según estos opinantes, dicha lengua debe ser totalmente eliminada o reducida a límites que, como luego diremos, harían su estudio enteramente inútil. Ahora bien, resulta ridículo que así sea si se trata, como parece, de considerar el excesivo número de materias como causa primordial del fracaso del Bachillerato actual.

El griego, precisa reconocerlo, no ha tenido la menor parte en esta sobrecarga de trabajo impuesta al alumno, y ello por una razón muy sencilla.

Como es sabido, el ejercicio escrito de lengua griega claramente impuesto por la ley creadora del Examen de Estado, jamás ha llegado a su realización. A consecuencia de ello, y esto es cosa también que nadie ignora, muchos Centros de enseñanza no oficial, carentes además de profesorado idóneo para esta disciplina, no han enseñado el griego en absoluto o lo han hecho sólo en forma limitadísima y formularia. Por su parte, la mayoría de los Centros oficiales y algunos privados han intentado hacer algo serio en este sentido, pero sin éxito completo por varias razones: porque la reducción a tres cursos de los cuatro del primitivo plan de 1938 y la evidente falta de adaptación del cuestionario a esta circunstancia produjeron desorientación y anarquía en la enseñanza; porque no fué posible encontrar el gran número de personas competentes en la materia que la implantación del griego exigía; pero, sobre todo, por la referida existencia de muchísimos Centros en que esta lengua era totalmente omitida de los cuadros de estudios. El alumno, desmoralizado por el espectáculo de otros estudiantes no obligados a realizar un esfuerzo suplementario; el padre de familia, temeroso de que las horas empleadas en el griego fueran horas perdidas para ese famoso tríptico de César, problemas y redacción en que parece hallarse la suma y pináculo de toda ciencia humana; el Centro en sí, obligado por el régimen de libre competencia a medir sus fuerzas, precisamente en el Examen de Estado, con otras instituciones que no dilapidaban las energías del agobiado alumno en «asignaturas de adorno»; todo

ello ha sido una tenaz, constante y funesta combinación de factores ante los que poco o nada era posible hacer.

Se ve, pues, que la supresión total e inmediata del griego no produciría el menor efecto beneficioso sobre la preparación de los alumnos del Examen de Estado, ya que, en la mayoría de los casos, la lengua helénica no ha pasado del *Boletín Oficial*; ni tampoco son los trastornos que haya causado el griego lo que atrae contra él esta casi general animadversión.

Lo que ocurre es que en España, a diferencia de otras naciones europeas; la tradición de los estudios clásicos no ha existido, salvo excepciones individuales, durante los siglos XVIII, XIX y principios del XX. Por eso goza de especial favor en nuestra Patria el prejuicio de que el griego «no sirve para nada». Pero, ¿es que, prescindiendo de casos aislados, valen para algo de utilidad práctica inmediata las demás asignaturas del Bachillerato? ¿Es que, desde un punto de vista más elevado, no «sirven» nuestros estudios tanto como los que más?

Si, cediendo a este clamor de las gentes profanas, se eliminara el griego del Bachillerato a los trece años de haberlo impuesto de modo insuficiente e ineficaz, se sacrificaría con ello el renacimiento de los estudios clásicos (preparación de personal competente, publicaciones divulgatorias y especializadas, etc.) que viene observándose actualmente en España; se perjudicaría así indirectamente a todas las ciencias del espíritu y volveríamos a convertirnos en una vergonzosa excepción entre los países cultos. Sería, en fin, una suma injusticia afirmar el fracaso de una asignatura a la que, como hemos dicho, se colocó desde el principio en situación insostenible.

Excluimos, pues, la posibilidad de una total eliminación; y nos inclinamos, como al principio decíamos, ante la necesaria reducción del plan de estudios, pero siempre que el griego sea tratado con paridad en relación con las demás asignaturas. Y a este respecto nuestra experiencia nos permite afirmar:

1.º La reducción de cursos podrá ser una solución aceptable en ciertas materias en que no existe diferencia esencial entre un gran cúmulo de conocimientos y una preparación más modesta; por ejemplo, en Historia o en Literatura, aun siendo más útiles tres cursos que dos, y dos que uno, incluso una pequeña suma de nociones adquiridas en un solo curso resulta interesante para el alumno. Otras disciplinas, como las lenguas modernas, pueden enfocarse, en virtud de su interés práctico, como una iniciación que quien quiera podrá continuar una vez acabado el Bachillerato. En cambio, en griego, como en latín, hay un límite por debajo del cual su aprendizaje no tiene utilidad ninguna. La finalidad de introducir al alumno en un mundo cultural, unas formas literarias y una lengua que son raíces de todo lo nuestro y al mismo tiempo constituyen un punto único de referencia para formar el sentido histórico, literario y gramatical, esta finalidad, decimos, no puede alcanzarse sino mediante un costoso esfuerzo inicial del que hay que pasar si no se quiere que el único fruto sea haber aprendido unos paradigmas gramaticales y la traducción de unas sencillas frases, lo cual, ciertamente, es un fruto bien pequeño.

2.º En consecuencia, la única solución es que no todos los alumnos tengan que estudiar griego; y que allí donde se estudie, la enseñanza sea absolutamente seria y esté sometida a las mismas pruebas que en las demás materias. En suma, venimos a parar al sistema de bifurcación del Bachillerato a partir del cuarto año, de modo semejante a como ocurre en Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, etc.; en España misma tenemos un ejemplo en los casos del inglés y alemán y del francés e italiano. Los alumnos que estudiaran griego tendrían una reducción proporcional en otra u otras materias. Así se ganaría en intensidad lo que se perdiera en extensión.

3.º Para que el estudio de la lengua y literatura griegas tuviera en el Bachillerato clásico a que nos hemos referido la eficacia de que ahora carece, haría falta que se eliminasen las actuales causas de fracaso, o sea: que el número de asig-

naturas no fuera excesivo; que la materia fuera exigida a estos alumnos en iguales condiciones que cualquier otra, y figurara, por tanto, en el Examen de Estado o prueba que le sustituya; que el valor académico de las distintas modalidades del Bachillerato fuese el mismo, y, en fin, que las enseñanzas, al igual que en el plan y cuestionarios de 1938, comprendieran cuatro años, pues hacen falta casi dos para lograr la necesaria base gramatical.

Así se evitaría la desaparición del griego—o su reducción, que es lo mismo—y se evitaría también que España continuara careciendo de una minoría selecta de formación clásica.

Madrid, 8 de noviembre de 1951.

Sebastián Cirac.—Ricardo Espinosa.—Manuel Fernández-Galiano.—Martín Sánchez Ruipérez.—Francisco Rodríguez Adrados.—Bernardo Alemany.—Mariano Bassols.—Abelardo Moralejo.—José Manuel Pabón.—José Vallejo.—Antonio Tovar.—Lisardo Rubio.—Antonio Fontán.—Ramón Fernández Pousa.—Pedro Martín Robles.—Eustaquio Echauri.—Remigio V. Tena.—Salvador Fernández Ramírez.—Daniel Ruiz Bueno.—Santiago Olives.—Adela Alonso.—Manuel Rabanal.—Jaime Berenguer.—Magdalena Garretas.—Enrique Armengot.—Gregorio Rivera.—Angel Fernández Aguilar.—Luis A. Montes.—Mercedes Cerezo.—Deogracias Rodríguez Pérez.—José Pérez Riesco.—Pedro Pericay.—Benito Gaya.—Manuel Agud.—Eladio Isla.—María Rosa Lafuente.—Juan José Ochoa.—Margarita Toranzo.—Francisco Jareño.—Serafín Agud.—José Bravo.—Juan Galmés.—José M.^a Díaz Regañón.—Julio Calonge.—M.^a Gracia Lazcano.—Valentín García Yebra.—Antonio de la Hoz.—Ana M.^a Martín.—Eduardo Obregón.—Bernardo Perea.—Florentino Castaños.—Francisco Diego.—Gregorio Hernández.—Antonio González Laso.—Albinio Martín.—Francisca Massot.—María Rico.—Carlos Posac.—Nuria Pascual.—Vicente García de Diego.—Angel Pariente.—Manuel Marín Peña.—Antonio Magariños.—Andrés Ramiro Aparicio.—Vidal E. Hernández Vista.

NOTAS DE LA REDACCION

Han dedicado unas amables líneas a la aparición de ESTUDIOS CLÁSICOS la revista alemana *Gnomon* XXIII 1951, 119 y la austriaca *Anzeiger für die Altertumswissenschaft* IV 1951, 184.

Hemos establecido intercambio con la nueva revista *Oriente*, órgano trimestral del Centro de Estudios Orientales (CEOR), que, a juzgar por sus dos primeros números, va a ser una interesantísima publicación dedicada a los tan sugestivos temas referentes a la Europa oriental. Dadas la personalidad y vocación de su director, R. P. Santiago Morillo, S. I., y su Secretario Sr. Láscaris-Compeno, suponemos que lo bizantino y griego moderno ocuparán un lugar destacado en *Oriente*.

También se ha establecido un cambio que esperamos sea fructífero con dos de las más acreditadas revistas de esta especialidad (la sueca *Eranos* y la española *Emerita*) y con el Instituto «Rodrigo Caro» del C. S. I. C.

* * *

No queremos que sorprenda a nuestros lectores la interrupción en la edición de las *Res gestae divi Augusti*. Se trata solamente de un deseo de dar la mayor variedad posible a los suplementos sin renunciar por ello a la presentación de textos relativamente largos; el número 5 de ESTUDIOS CLÁSICOS ofrecerá al menos el segundo pliego de dicha obra.

* * *

El P. Mir, de *Palaestra Latina*, nos dirige una cariñosa carta en que, tras unos inmerecidos elogios de esta revista, llama la atención, como apostilla a la respuesta de nuestra página 123, sobre el diccionario latino-español de la Ed. Sopena, muy superior en su opinión al de R. de Miguel, «aunque tiene sus defectillos»; sobre el diccionario griego de la misma Editorial, y sobre la tercera edición, muy mejorada, del latino de SPES. Naturalmente, conocemos bien todas estas obras, que no mencionamos allí porque no se nos pedía una cita exhaustiva de todo lo útil que en estos años se ha venido editando.

LOS GRADOS COMPARATIVOS

Es indudable que la confrontación del latín con otras lenguas indoeuropeas ha contribuido en gran manera a ilustrar y esclarecer múltiples problemas de orden gramatical que de otro modo no hubieran llegado ni siquiera a plantearse. En realidad, no puede hablarse de una gramática científica de la lengua latina con anterioridad a las aportaciones de la lingüística comparada. Nada, pues, más lejos de mis intenciones ni de mi vocación que restar importancia al método comparativo; pero una cosa es el conocimiento científico del latín, cuyo estudio debe reservarse a los especialistas, y otro su conocimiento práctico que interesa o debiera interesar por igual a cuantos cultivan las disciplinas humanísticas. En el primer caso es necesaria la referencia constante a las lenguas indoeuropeas; en el segundo es suficiente la comparación con el español. Por desgracia, sin embargo, en la enseñanza del latín se acostumbra a insistir demasiado en las comparaciones con lenguas indoeuropeas que, por ser desconocidas de los escolares, no constituyen ningún punto de referencia seguro ni provechoso, y en cambio no se establece la debida conexión con el idioma propio ni se pone a contribución nuestro instinto lingüístico a pesar de ser el guía más seguro tanto en los casos de analogías como de discrepancias, pues para las asociaciones mentales tanta fuerza evocativa tienen las ideas afines como las contrarias.

Una de las causas que más dificultan la confrontación correcta entre el latín y el español se debe a que la gramática de la Real Academia está demasiado influida por las concepciones y esquemas heredados del latín, y por ello no siempre la teoría corresponde a la realidad lingüística. Es cierto que, gracias a la obra de Bello, ha introducido en sus últi-

mas ediciones numerosas correcciones, arrinconando y desechando preceptos que carecían de vigencia para nosotros y formulando, en cambio, otros más en consonancia con la idiosincrasia de nuestra lengua; pero queda todavía mucho por hacer. Por este motivo, en el presente trabajo y en otros que seguirán si la dirección de ESTUDIOS CLÁSICOS juzga de interés ahondar un poco en estos temas, pienso referirme a construcciones latinas y españolas que suelen considerarse como análogas, aun cuando en realidad no lo sean.

Entre las múltiples notas que tengo recogidas sobre el particular, me limitaré en este primer artículo a unas cuantas observaciones que juzgo de interés para una más exacta interpretación de los grados de comparación en latín y en español.

Es sabido que a este respecto la primera de las lenguas citadas distingue entre el grado comparativo (*doctior*) y el superlativo (*doctissimus*). Como la gramática de la Real Academia (§ 67) atribuye también a los adjetivos españoles la posibilidad de expresar una gradación comparativa (MÁS DOCTO) y superlativa (EL MÁS DOCTO) y en la enseñanza del *añin* se establece un paralelismo entre la gradación de los adjetivos latinos y españoles, los escolares corren el peligro de llegar a la cómoda conclusión de que se corresponden exactamente las formas comparativas y superlativas de ambas lenguas, y en consecuencia que *doctior* significa siempre MÁS DOCTO, y *doctissimus* EL MÁS DOCTO.

Es cierto que se produce a veces esta presupuesta correlación entre las formas comparativas latinas y españolas; así, ANTONIO ES MÁS DOCTO (*doctior*) QUE SU COMPAÑERO, y ANTONIO ES EL MÁS DOCTO (*doctissimus*) DE MIS AMIGOS. Sin embargo, como pronto tendré ocasión de demostrar, los desajustes son mucho más frecuentes de lo que generalmente suele admitirse. No estará, pues, de más, antes de entrar en el detalle de esta cuestión, recordar que en latín la diferencia entre los usos comparativo y superlativo estriba en que éste presupone una comparación entre tres o más objetos, el que

se compara y aquellos con que se compara (dos por lo menos); aquél sólo entre dos, el que se compara y aquel con que se compara (uno solo o varios formando una unidad). Por otra parte, el superlativo puede usarse también con valor relativo o absoluto, por ej., *Cicero, uir eloquentissimus*, CICERÓN, HOMBRE ELOCUENTÍSIMO.

De lo dicho se deduce que cuando la comparación se establece entre tres o más términos o bien cuando se atribuye un valor relativo a la cualidad, será preciso usar en latín el superlativo y no el comparativo. Inversamente, cuando la comparación se haga sólo entre dos elementos, se empleará el comparativo y no el superlativo.

La lengua literaria observa con mucho rigor la norma que acabamos de formular; es, en cambio, más descuidada el habla coloquial: así en los autores escénicos se alude a veces al mayor de dos hermanos con las palabras *natu maximus* cuando en rigor debería usarse el adjetivo *maior*. Mas casi siempre razones de orden psicológico justifican estas anomalías. En este caso concreto la explicación es obvia: para designar al hermano mayor era mucho más frecuente el giro *natu maximus* que *natu maior*, pues generalmente las familias estaban integradas por más de dos hermanos, de ahí que se usara a veces indebidamente la primera de las citadas fórmulas en vez de la segunda.

Inversamente, y también en la lengua familiar, aparece a veces usado el comparativo en vez del superlativo. Se debe generalmente esta enálage a la tendencia al egocentrismo¹ propia del habla coloquial, en la cual es frecuente que la persona que habla se desentienda o haga caso omiso de los conceptos que no ocupan su pensamiento, y concretamente, tratándose de comparaciones, las circunscriba sólo a dos términos (ella misma y la persona de que habla o con quien

¹ BASSOLS DE CLIMENT, M., *Sintaxis histórica de la lengua latina*, I, 14.

habla) despreocupándose de los restantes, que lógicamente deberían tenerse en cuenta en una forma de hablar más correcta. Lo dicho explica la frecuencia con que los títulos o fórmulas de tratamiento aparecen en forma comparativa, por ej., *senior*, SEÑOR O EL SEÑOR; *prior*, PRIOR O EL PRIOR; *maior*, MAYOR O EL MAYOR (en el ejército). En todos estos ejemplos hubiera debido usarse el superlativo, porque en realidad se alude a una cualidad poseída por alguien en más alto grado que la que posee la persona que habla y otras varias personas. Pero precisamente es este último término de la comparación el que se omite por las razones expuestas.

Estas enálages son, no obstante, poco frecuentes en el latín clásico, y quedan circunscritas por lo regular al lenguaje familiar; en español, en cambio, el uso de las formas que llamamos de comparativo (MÁS DOCTO) con significado equivalente a los superlativos latinos es abundantísimo, tanto en el lenguaje literario como en el coloquial. No será inútil recordar en primer término que en el adverbio no distingue el español entre los grados comparativo y superlativo como sucede en latín, de donde resulta que la forma comparativa de nuestro idioma corresponde unas veces a los adverbios superlativos latinos y otras a los comparativos: así ANTONIO CANTA MEJOR (*melius*) QUE SU COMPAÑERO; ANTONIO ES EL QUE CANTA MEJOR (*optime*) DE TODOS MIS AMIGOS. Inversamente, *iudico Caesarem omnium fere oratorum latine elegantissime* (MÁS ELEGANTEMENTE) *loqui* (Cic.); *neque quisquam hoc Scipione elegantius* (MÁS ELEGANTEMENTE) *interualla negotiorum otio dispinxit* (Vell.).

Pero esto no es todo. Incluso las formas comparativas de los adjetivos aparecen con mucha frecuencia usadas haciendo las veces de superlativos latinos, o sea en giros en que se establece una comparación entre más de dos elementos o se expresa una cualidad en un grado muy elevado (uso elativo o absoluto). En ciertos giros del español este uso de la forma comparativa en vez de la superlativa es obligado; tal sucede cuando el adjetivo sigue al nombre modificado por el

artículo, por ejemplo, LA COSA MÁS DIFÍCIL (*dificillima*) QUE EL HOMBRE PODÍA HACER (Antonio de Guevara). Los ejemplos podrían multiplicarse indefinidamente.

Pero es el caso que aparece también esta enálage en otros muchos giros aunque sin carácter de obligatoriedad. He aquí los tipos de frase en que con más frecuencia acostumbran a presentarse:

a) Cuando el adjetivo asume el papel de predicado: ESTO ES LO QUE EN TODAS PARTES ES MÁS NECESARIO (= *maxime necessarium*), Hernán Cortés; AQUELLAS LENGUAS QUE ENTONCES ERAN MÁS GENERALES (*universalissimae*) Y COMUNES (*usitatissimae*) (Fray Luis de León); TAL ESTADO DE COSAS ERA EL QUE A TODOS ELLOS PARECÍA MÁS A PROPÓSITO (*maxime idoneum*) (Fray Luis de Granada).

b) Como complemento directo del verbo, en especial en oraciones de relativo: LO QUE MÁS (*maxima* *n* *vo* *uptatem*) GUSTO ME DABA ERA TRATAR COSAS DE ÉL (Santa Teresa); YO SOY EL QUE PASA MÁS (*maximum*) PELIGRO Y EL QUE TIENE MENOS (*minimum*) TEMOR (Jiménez de Urrea); ES EL QUE HA SACADO MÁS (*maximum*) PARTIDO (Benavente); LOS SÁBADOS ES SOBRE TODO CUANDO HAY MÁS (*maxima*) FIEBRE EN EL TALLER (Gómez de la Serna).

c) Como complemento de una preposición: CON ELLOS A MAYOR (*maxima*) PRISA QUE PUDE ME PARTÍ (Hernán Cortés); LAS FRONTERAS Y PARTES DE MAYOR (*maximo*) PELIGRO ERAN ALCAIDES (Pérez de Hita).

Inversamente también aparece a veces el superlativo en español en giros en que los autores clásicos latinos hubieran usado comparativo. A veces en nuestro idioma es ésta la única construcción posible; tal sucede cuando se sustantiva el adjetivo y se le hace seguir de un DE partitivo, por ejemplo, EL MAYOR DE LOS DOS HERMANOS. Es indudable que MAYOR equivale en latín a *maior*, no a *maximus*. Pero incluso en otros muchos giros se da esta enálage; por ejemplo, CATÓN EL MÁS VIEJO (*maior*) (Sancho de Muñón); DIONISIO EL MÁS MANCEBO

(*iunior*) (idem). Otros ejemplos que se citan a este particular podrían explicarse como resultado de una contaminación, así, ERA SONADO POR TODA LA TIERRA QUE ÉL ERA EL MEJOR (*melior*) CABALLERO DARMAS QUE OTRO NINGUNO FUERE (Crónica General). Probablemente esta frase es el resultado del cruce de EL MEJOR CABALLERO DE TODOS y MEJOR CABALLERO QUE OTRO NINGUNO.

Esta falta de concordancia en el uso de las llamadas formas superlativas y comparativas en latín y en español es tan frecuente que algunos filólogos como Lenz¹ llegan a afirmar que no existe en nuestra lengua el superlativo, y que si los gramáticos hablan de tal forma es simple reminiscencia del latín. De ser esto así, habría que llegar a la conclusión que en español no existe más que un solo grado de comparación por el que se expresa simplemente que un objeto posee una cualidad en más alto grado, sin disponer de forma adecuada para distinguir si la comparación se establece entre sólo dos términos (comparativo latino) o entre más de dos (superlativo latino); de ahí el uso promiscuo de las formas llamadas comparativas y superlativas. La adición del artículo al comparativo español no atribuiría a dicha forma valor superlativo a la manera latina. Lo que sucede simplemente es que en los casos en que en la comparación entran más de dos elementos, por ej., EL MÁS ELOCUENTE DE LOS ORADORES, la forma que llamamos de superlativo coincide con el uso de los superlativos latinos, pero es ésta una simple coincidencia accidental y externa, sin afectar en lo más mínimo al significado conceptual de este giro.

Incumbe a los gramáticos de nuestra lengua fijar exactamente los significados de los grados de comparación en español a tenor de la realidad lingüística y sin dejarse influir

¹ La oración y sus partes, § 122.

por los esquemas sintácticos heredados del latín. Por mi parte, me he limitado a llamar la atención sobre las notorias discrepancias que a este respecto existen entre estas dos lenguas y sobre los peligros que existen al parangonar y equiparar formas que en realidad no se corresponden a pesar de ciertas accidentales coincidencias.

M. BASSOLS DE CLIMENT

LA SELECCION DE TEXTOS EN LA CLASE DE GRIEGO

(Ponencia leída en la reunión de Catedráticos celebrada en Santander, 1949).

El cuestionario oficial de Lengua Griega del plan de estudios de 1938 distribuye la asignatura en cuatro cursos y señala los autores recomendables en cada uno para la traducción en clase. En primer curso son «frases sencillas, escogidas de autores clásicos, en los primeros meses. Después máximas, sentencias, aforismos de buenos autores. Alguna que otra fábula de Esopo y narraciones fáciles del Nuevo Testamento, sobre todo del Evangelio de S. Lucas». En segundo se recomiendan trozos fáciles de los Santos Padres y sobre todo Jenofonte (*Ciropeidia* y *Anábasis*) y Platón (*Apoloía de Sócrates* y *Critón*). Además, anacreónticas escogidas. En tercer curso continúa la prosa: Platón, Heródoto, Demóstenes y Tucídides. Y en cuarto, finalmente, se recomienda sobre todo el verso: cantos o trozos de la *Ilíada* y la *Odisea*, una selección de poetas líricos y alguna pieza teatral, señalándose con preferencia el *Edipo Rey* o la *Electra* de Sófocles o el *Prometeo* de Esquilo.

Si fuera posible seguir este cuestionario, que contiene efectivamente el mínimo de lo que debe conocerse para tener una idea de la literatura griega, mi misión al redactar esta ponencia se reduciría a señalar los pasajes a escoger de los autores citados, razonando debidamente dicha selección y dando instrucciones metodológicas. Sin embargo, la realidad es que el cuarto curso de griego no ha llegado a implantarse, con lo que el mismo cuestionario descarta la posibilidad de leer a Homero y a los líricos y trágicos, lo que mutila completamente el conocimiento de la literatura griega; y por otra parte, al figurar el griego como obligatorio junto a otra multitud de asignaturas y no exigirse en el Examen de

Estado—lo que trae por consecuencia la poca o ninguna atención que se le da en muchos Centros de Enseñanza—, ni siquiera los tres cursos que quedan son plenamente aprovechables y, sobre todo, en el tercero no es mucho lo que se puede hacer.

Por todo ello, el fin que voy a perseguir en la presente ponencia es doble: indicar, por un lado, lo que hay posibilidad de llevar a la práctica en las actuales desfavorables circunstancias, y señalar, de otro, el mínimo de lectura que haría que la enseñanza del griego respondiera realmente a los fines con que fué creada, cosa a que hoy sólo de una manera muy restringida se puede aspirar. Ambas cosas serán hechas simultáneamente, pues iré recorriendo uno a uno los diversos autores escolares; sin embargo, antes he de hacer unas consideraciones generales sobre algunos medios que existen para combatir en algún grado la falta de tiempo, aprovechando hasta el máximo el disponible.

Uno de ellos es multiplicar en pie de página las notas destinadas a lograr una traducción rápida. Sin embargo, no puedo menos de manifestar mi desacuerdo con este sistema, que incita a la pereza y suple lo que debe quedar reservado al maestro en los casos en que lo estime conveniente. Una buena iniciación a la traducción, hecha en clase mediante la preparación de los alumnos dirigidos por el profesor hábilmente, facilitará el trabajo posterior en casa.

Otro procedimiento para ganar tiempo dedicándolo a lo más necesario, es la lectura de obras abreviadas. En la propia España se ha acudido ya al procedimiento de suprimir en ciertas ediciones escolares los capítulos menos interesantes y reemplazarlos por resúmenes en español. En ciertas obras, como la *Anábasis* de Jenofonte, se impone esto naturalmente, y hay pocas en que no sea practicable.

Se puede ir más lejos aún y llegar a formar antologías de un mismo autor, escogiendo lo más característico de su arte y pensamiento. En Francia tenemos varias obras de este tipo, y últimamente ha aparecido la Colección Athena,

cada uno de cuyos tomitos comprende una antología de una obra (mediante el sistema arriba indicado) o de un autor. He aquí algunos títulos: *El Egipto de Heródoto*, *Las obras de Luciano*, *El Sócrates de Platón*, *La Anábasis de Jenofonte*. Por su presentación, ilustraciones, documentos paralelos para el comentario, etc., esta colección y su paralela latina, «Clásicos Roma», son verdaderos modelos. En España tenemos aún hoy, por si fueran pocas las dificultades señaladas, escasez de buenas ediciones de textos escolares. Un autor de quien haría falta una buena antología en el sentido indicado es Platón. Las obras que de él leemos en clase, la *Apología* y el *Critón*, no son lo más apropiado para dar una idea de Platón. La *Apología* es necesariamente difícil para un principiante; en ella se define la doctrina de Sócrates de un modo negativo y apenas se contesta a las acusaciones que se le hicieron. Además, tanto esta obra como el *Critón*, más fácil de comprender y de seguir, no son de lo más característicamente platónico, y en realidad se quedan a medio camino. Un diálogo que, de haber que elegir uno, reuniría seguramente las mayores ventajas, es el *Gorgias*, que une el arte de la caracterización y el movimiento dramático con un pensamiento fácil de seguir—lo que no ocurre en el *Fedón*, por ejemplo—, sin escollos de otra índole, como en el *Simposio* y *Fedro*, y profundamente interesante y característico. Pero el diálogo, sobre no estar editado en España, es demasiado largo para ser leído en clase, y además faltan todavía en él elementos esenciales del platonismo, como su doctrina metafísica. Por todo ello, una buena antología platónica, con algunos trozos extensos que hicieran ver los procedimientos de la dialéctica platónica y su arte de la caracterización y del diálogo, y otros relativos a los rasgos fundamentales de su doctrina, convenientemente escogidos para que no fueran demasiado difíciles, serían de gran utilidad, puesto que, después de leer la *Apología* o el *Critón*, los alumnos pueden apreciar muy poco lo verdaderamente platónico, y lo socrático sólo en algún aspecto.

No quiero ahora, sin embargo, entrar con más detención en el examen de la lectura de Platón, porque lo que aquí me interesaba era tan sólo indicar aquellos procedimientos de lectura más aconsejables ante la falta de tiempo que nos aqueja. He hablado de las obras extractadas y de las antologías, y ahora voy a hablar de la traducción de trozos escogidos y de la lectura de traducciones españolas. Algunas antologías o gramáticas publicadas en España contienen trozos escogidos de autores que no se pueden leer en clase por las razones a que he aludido. Debía haber un número más considerable de estos trozos en ediciones manejables por los alumnos, y su lectura remediaría un poco la pobreza de visión de la literatura griega que, naturalmente, da la limitación del número de obras y autores que se pueden leer en clase. Sin tener algún conocimiento directo de la poesía griega, el estudio del griego queda radicalmente incompleto. Una lectura extensa y con preparación por parte del alumno, es imposible. Pero si pudiéramos leer, por ejemplo, un par de fragmentos de los elegíacos y yámbicos, otros dos de Homero y otros dos de la tragedia, se remediaría en cierto modo esta gran laguna. Claro que la lectura ha de hacerse forzosamente en clase, a base de dirigir el profesor a los alumnos y explicar todas las formas y palabras que desconozcan, que serán sin duda una proporción elevada. Hay que partir, naturalmente, de una comparación con el dialecto ático. Si se ha recurrido en su enseñanza a la ayuda de la Lingüística en la forma esbozada en mi anterior ponencia, puede hallarse aquí una ayuda para hacer comprender ciertas formas homéricas. La traducción de estos trozos ha de hacerse colocándolos en la obra a que correspondan y explicando el lugar de ésta en la literatura griega. En cierto modo, corresponde a lo que el cuestionario reclama que se haga a propósito de la explicación de la Literatura.

Queda todavía un procedimiento para lograr dar siquiera un poco de conocimiento relativamente directo de la literatura griega, y es la lectura de traducciones de obras com-

pletas o fragmentos de ellas. Siempre que las traducciones sean buenas y estén bien escogidas y que su lectura se acompañe del comentario e introducción pertinentes, el procedimiento es aconsejable. Puede practicarse esta lectura ya en el primer curso para dar alguna variedad a la clase, como he hecho yo con buen éxito; y sobre todo en el último trimestre del tercero, donde la proximidad del Examen de Estado hace difícil lograr que los alumnos rindan en la traducción y donde puede combinarse con unas lecciones de literatura griega.

Como habrá podido verse, todos los paliativos que propongo a la inevitable insuficiencia de la traducción, se basan en la idea de que el fin primordial de ésta está en el contenido, esto es, en lograr un conocimiento directo de los valores literarios y de fondo de la literatura griega, como ya he adelantado. Hace falta, por tanto, aplicar en la selección de autores un doble criterio: el de gradación de la dificultad gramatical y el de variación de autores, géneros y épocas. Este criterio es el mismo en una selección amplia y en la reducidísima que tendremos que hacer. Iremos estudiando autor por autor.

El cuestionario, con muy buen criterio, comienza por frases y sentencias escogidas de los autores clásicos. Soy enemigo del sistema de abusar de las frases artificiales para fijación de la morfología; lo mejor es pasar pronto a trozos más extensos de buenos autores, aunque sea un poco simplificados, que se adapten en lo posible a los conocimientos morfológicos de cada lección. En España se han combinado los dos sistemas en algunos métodos de Lengua Griega, aunque encuentro todavía demasiadas frases del primer tipo—que en parte pueden suplirse con ejercicios de morfología en el tablero—y un poco de falta de adecuación de los trozos de autores clásicos a la materia dada. En algunos manuales extranjeros, como *The First Year of Greek*, de J. T. Allen, muy conocido en América, se ha logrado posiblemente un mayor paralelismo entre los conocimientos gramaticales y

los trozos. Sin embargo, quizá se trate de una impresión personal y, desde luego, para allanar las dificultades está la labor del profesor; creo que debe ponerse aquí el mayor empeño, aun a costa de sacrificar parte de las frases, como yo mismo he hecho. De esta forma, de paso, se irá dando un conocimiento elemental, pero directo, de algunas facetas de la literatura griega. El cuestionario recomienda, para estos primeros trozos, pasajes de S. Lucas y luego de los Santos Padres, lo que es un criterio respetable, con tal de que no sea exclusivo.

De aquí pasamos a la lectura de autores propiamente dicha. La costumbre general, en España y fuera de ella, es empezar por la *Anábasis* de Jenofonte. Une esta obra, en efecto, un lenguaje sencillo y construcciones fáciles y variadas que son un buen ejercicio para comenzar la traducción. Los alumnos se han de acostumbrar pronto a las formas de dual, a perífrasis como *παρὸν ἐτόγγανε*, a *ἔχον* y *λαβὼν* por «con», a la atracción del relativo, al uso de indicativo en subordinadas donde en latín se pondría un subjuntivo, etc. La *Anábasis*, en cuanto al asunto sobre que versa y al fondo histórico, se presta muy bien, por otra parte, a mantener el interés; sólo hace falta destacar conforme se va leyendo—la introducción debe ser breve—el ambiente oriental (el Rey, los sátrapas, los desiertos de Asia y las ciudades abandonadas, las costumbres persas, con alusiones a la *Ciropedia*), así como las circunstancias del mundo helénico (cosmopolitismo, ejércitos mercenarios, ideas políticas y religiosas); hay que hacer ver que la expedición de los 10.000, esa magnífica aventura, preludia las gestas de Alejandro y las explica. De esta manera no hará falta reemplazar la *Anábasis* de Jenofonte por la de Arriano, como se ha propuesto a veces en gracia al tema y a pesar de los inconvenientes relativos a la lengua. Queda por ver qué partes de la *Anábasis* han de ser leídas. La práctica general es escoger entre los cuatro primeros libros, esto es, hasta la llegada al mar, que es la parte más interesante; se añade a veces con

acierto el pasaje del libro V en que Jenofonte describe su finca de Escilunte, lo que da margen a explicaciones biográficas. A falta de una antología de la *Anábasis* en el espíritu a que he aludido, que sería lo más recomendable, suele escogerse el libro I o bien el III; en cualquier caso es indispensable dar una idea de toda la expedición. El III está un poco recargado de discursos, que se hacen pesados a los alumnos, y yo prefiero el I, más variado; se puede suprimir el pasaje que va del cap. II 5 al IV 10, con lo que se suprime la mayoría de las cansadas indicaciones de jornadas y parasangas. Algunos otros pasajes menores pueden también dejarse. Si no se pueden traducir en clase, es conveniente leer a los alumnos al menos algunos pasajes destacados del resto de la *Anábasis*: retrato de Clearco, paso de las montañas nevadas, costumbres de sus habitantes, llegada al mar, la finca de Escilunte. El comentario real se basará en seguir la expedición en un mapa y explicar bien las cosas militares y la geografía. Es además interesante destacar el valor de la *Anábasis* como modelo del género de memorias, que tiene un seguidor ya conocido por los alumnos en César.

No he planteado aún la cuestión de en qué curso debe comenzarse la lectura de Jenofonte. Según el cuestionario, en el segundo, pero esto presupone que se estudien en el primero todos los verbos excepto los en $-\mu$, cosa que la práctica ha demostrado que es muy difícil. Sin embargo, una vez conocidos los demás verbos menos éstos, yo no tendría inconveniente en comenzar la lectura de la *Anábasis*, explicando conforme he indicado en mi primer ponencia los verbos en $-\mu$ que aparecieran. De esta forma podría empujarse con la *Anábasis* hacia febrero o marzo del segundo curso. Lo que desde luego es imposible, es leer este año la *Apología* o el *Critón* de Platón. El comienzo de la traducción de la *Anábasis* tiene que hacerse en clase, no como trabajo de casa, colaborando el profesor con los alumnos a fin de ayudarles a ir resolviendo las dificultades morfológicas y sintácticas que aparezcan. Asimismo se debe hacer que se apun-

ten las palabras de interés, para que los alumnos vayan aprendiendo vocabulario.

No sólo la *Anábasis* puede emplearse como iniciación en la traducción. Casi todas las obras de Jenofonte, la *Ciropeidia* por ejemplo, se prestan a ello. Como sugestión personal, yo propondría que se hiciese un ensayo con el *Económico* (del que hay una edición en España), que tan bien refleja la sociedad ateniense de la primera mitad del siglo iv y que se presta a un bonito comentario. Se podría alternar según los años, para descansar. De todas formas, la lectura de Jenofonte, aun cuando hubiera más tiempo del que hay, no debe prolongarse demasiado. De sustituirle por otro autor, podría ser uno de los tardíos, por ejemplo, Luciano, pero su lectura no es muy formativa para este grado de enseñanza.

Después de Jenofonte voy a hablar brevemente de la lectura de Platón, de la que ya anticipé algo. Si se dispusiera de una antología como la que he preconizado, o se pudiera leer alguno de los grandes diálogos (el único editado en España, que yo sepa, es el *Fedón*), su lectura podría tener un gran valor formativo. Platón no expone un sistema de Filosofía, sino que cada uno de sus diálogos representa una investigación sobre un punto concreto. Seguir la marcha de su pensamiento, ver cómo va haciendo incurrir en contradicciones a sus contrincantes, observar el desarrollo lógico de las ideas en un medio libre de perturbaciones y desviaciones como es el diálogo platónico, es una experiencia completamente nueva. Se precisa tan sólo hacer bien la elección de lo que se va a leer e ir dejando claro el esquema general de la argumentación y, a ser posible, de todo el diálogo. Si se lee el *Gorgias*, por ejemplo, hay que hacer resaltar la gradación dramática entre los tres oponentes de Sócrates y sus argumentos respectivos; si el *Fedón*, hay que notar cuáles de sus argumentos tienen validez puramente platónica por arrancar de ciertos supuestos, por ejemplo, el de la imposibilidad de la creación. Por otra parte, el diálogo platónico, cuyos valores lógicos no excluyen los artísticos, tampoco

deja inatendida la esfera de lo religioso y de lo que no puede alcanzarse con la razón, y alcanza aquí precisamente algunos de sus momentos más elevados.

Una antología tiene el inconveniente de que no deja ver la organización de un diálogo platónico completo, aunque hay medios de suplir esto parcialmente; en cambio, aparte de ejemplificar perfectamente las cualidades del diálogo platónico a que he aludido, permitiría una visión mejor de sus doctrinas: de su doctrina moral sobre todo, que tiende a la perfección moral del hombre y del Estado y se podría ilustrar con pasajes del *Gorgias* y la *República*, hecha previa advertencia de que Platón identifica los fines del Estado y su perfección con la del hombre y éste es el modelo para la estructuración de aquél; de su doctrina de las ideas, ejemplificable con el *Fedón* y algunos pasajes de la *República*, donde se muestra su íntima conexión con su búsqueda de la perfección moral; de su doctrina del amor y la belleza, en estrecha relación también con las anteriores y que estaría representada por pasajes del *Fedro* y *Simposio*, diálogos que es imposible leer en clase independientemente.

Sin embargo, tanto la falta de tiempo como la de ediciones adecuadas nos limitan considerablemente la lectura de Platón. Si queremos leer la mayor parte del primer libro de la *Anábasis* apenas nos quedará tiempo para un diálogo corto de Platón. De los dos únicos disponibles en España me decido por el *Critón*, que está más próximo al tipo de los diálogos platónicos y es fácil de seguir ideológicamente, aunque en este aspecto no representa más que un estadio en el pensamiento platónico, y del de Sócrates no es lo más característico lo que presenta. Al menos, contiene ideas de alto valor ciudadano y rodea la figura de Sócrates de un nimbo de humanidad y de grandeza al mismo tiempo.

Si he aconsejado en definitiva y a falta de cosa mejor la *Anábasis* y el *Critón*, y ello coincide con la práctica más seguida, es prueba de que unas mismas circunstancias nos rodean a todos, y en lo esencial no hay por hoy innovación

posible. Sin embargo, aun dentro del limitadísimo tiempo de que disponemos, se podrían hacer mejores cosas si dispusiéramos de ediciones adecuadas; por poner un ejemplo de un diálogo platónico breve que representa la manera platónica de escribir y pensar y se presta a un interesante comentario, citaré el *Ión*. Pero, aun teniendo que conformarnos con nuestro *Critón*, siempre hay manera de colocar debidamente sobre su fondo la figura de Sócrates, y la lectura de traducciones de pasajes de Platón puede suplir en alguna parte la lectura directa de los mismos.

Dadas las circunstancias en que se desarrolla la enseñanza del griego en nuestro Bachillerato, no creo que se pueda pasar más allá en la lectura de autores griegos, prescindiendo de la de algunos pasajes de poesía de que hablé al principio, y cuya traducción debe correr a cargo principalmente del Profesor. Lo único que se puede hacer es sustituir algunos años la lectura de Platón por la de Demóstenes, dado que del primero no es lo más interesante y característico lo que podemos leer. Después de la época de entusiasmo por Demóstenes y de su posterior descrédito por haber querido oponerse al paso de la Historia, hoy día se tiende a una valoración más ecuaníme, en la que queda a salvo su patriotismo y se disculpan las faltas políticas por su arraigo en la tradición griega y la imposibilidad en que estaba de prever el resultado de una lucha en la que no sólo mostró ardor, sino también espíritu de organización. Si deformó a veces los hechos, ello es consecuencia no demasiado censurable de su pasión. Y sobre todo, aunque Filipo y Macedonia tuvieran que imponerse, Grecia no merecía que ello sucediera de aquel modo, y el mismo Demóstenes hizo su defensa al decir que, aunque Atenas hubiera podido prever el resultado, no por eso debiera haber sido otra su actitud. Por ello, la lectura de Demóstenes es siempre recomendable para la juventud, por sus valores patrióticos; y más aún si se tiene en cuenta que esta lectura se presta a lanzar una mirada sobre la historia anterior de Atenas y sobre el posterior destino del

mundo helénico. Descartado por su extensión y complicación el *Discurso de la Corona*, lo más recomendable es la *Tercera Filípica*, la más patética y vehemente, al tiempo sencilla de composición y elevada de pensamiento por su sentido no sólo patriótico, sino también panhelénico. Para que los alumnos no se pierdan en los largos períodos, al tiempo que se lee hay que ir haciendo el esquema del discurso. Las primeras páginas deben prepararse en clase por los alumnos dirigidos por el profesor, a fin de que se acostumbren sobre todo a seguir los períodos y a ciertas particularidades aún no conocidas por ellos: la perífrasis de los abstractos por τό con genitivo, los múltiples sentidos de palabras vagas como πᾶγμα, el uso constante de pares de sinónimos; el hipébaton retórico, que coloca al principio la palabra interesante o al revés, primero todas las partículas y los complementos circunstanciales y al final el sujeto; el uso constante de preguntas retóricas, etc.

No tiene gran utilidad práctica el hablar de la selección de textos de los demás autores. Sin embargo, lo haré brevemente para destacar lo que es verdaderamente importante y cuya lectura debiera ser ineludible. Tucídides es el pensador político más destacado de Grecia y uno de los autores más dignos de leerse. No excluyo que algunos pasajes fáciles pudieran leerse en séptimo curso en vez de Demóstenes o Platón, por ejemplo, la llamada Arqueología, tan significativa en el desarrollo de la historiografía. Pero ocurre que, en general, lo más digno de leerse de Tucídides en plan antológico son las partes que expresan su pensamiento político, y éstas suelen ser las más difíciles, generalmente discursos: los grandes discursos del libro I, los de Pericles en el II, los de Cleón y Diódoto en el III, los de Alcibiades y Nicias en el V, el diálogo de Melos en ese mismo libro. Aún quedan multitud de pasajes relacionados con dicho pensamiento, como el análisis de las revoluciones de Corcira en el libro III, o interesantes por otros conceptos, por ejemplo, el final dramático de la expedición a Sicilia. Aun en un plan

en que la enseñanza del griego pudiera darse con más tiempo y comodidad, la lectura de Tucídides sería difícil y sólo posible con mucha ayuda del profesor; hoy, lo más que se puede hacer es exponer algo de su personalidad e ideas.

Heródoto figura también en el cuestionario de tercer año, y su lectura completaría el cuadro de los historiadores griegos. Para dar una idea de la Grecia anterior a la hegemonía ática, su lectura es insustituible. La selección puede hacerse desde el doble punto de vista de lo anecdótico (algunas de las conocidas narraciones de los primeros libros) y de la historia de la lucha nacional contra Persia (trozos escogidos de los últimos libros). Así se podría ejemplificar el proceder de Heródoto al elevar la Historia desde las narraciones populares, que no consigue racionalizar por completo, a la descripción, aún con colorido épico, de las grandes hazañas. Aún no aparece el hombre separado de la divinidad como sujeto histórico. No creo que, a pesar del dialecto, fuera demasiado difícil la lectura de Heródoto antes de la de Homero, una vez que se hicieran unas indicaciones sobre sus rasgos principales; sin embargo, en el extranjero la práctica es la inversa. Respecto a la posibilidad actual de leer a Heródoto en el Bachillerato, hay que repetir la conclusión a que llegué con Tucídides.

Ya he hablado de la lectura de la poesía griega, de su necesidad y de lo poco que cabe hacer: traducir unos pocos fragmentos haciéndolos analizar a los alumnos. La elegía se presta muy bien para escoger algunos interesantes y no muy difíciles, sobre todo de Solón y Teognis, tan representativos cada cual en un concepto. En Homero y el drama, lo difícil es escoger, dada la abundancia de posibilidades. Ninguna indicación es precisa sobre esto, aunque sí voy a hablar, antes de acabar, de lo que podría ser la lectura seguida de Homero y los trágicos, aun en una medida limitada, pero más amplia de la hoy posible. En Homero, lo fundamental es que el alumno se acostumbre al estilo y lenguaje y aprenda a conocer rápidamente las fórmulas que más se repiten:

para ello, el mejor procedimiento es, sin duda, hacer aprender de memoria los 300 primeros versos de la *Iliada*, por ejemplo. Esto acostumbra además al ritmo del hexámetro. La Lingüística, por otra parte, puede prestar su ayuda en el análisis de formas, sobre todo valiéndose de la comparación con las áticas ya conocidas. En cuanto al fin de la lectura de Homero, más que en los conocimientos arqueológicos (aunque nunca se debe olvidar el comentario real) hay que situarlo sobre todo en la comprensión de la poesía homérica y del pensamiento homérico. Teniendo poco tiempo, yo preferiría dedicarlo todo a la *Iliada* que repartirlo, y haría una antología que recogiera toda la trama de la acción: ira de Aquiles y retirada a sus naves, embajada a Aquiles (si fuera posible), lucha junto a las naves, Patroclos, muerte de Héctor. Todo esto forma una unidad de alto valor emocional y ejemplar; de la *Odisea* serían preferibles episodios sueltos (llegada al país de los feacios, al de los Cíclopes, etc.).

La tragedia forma la otra gran culminación de la poesía griega, y la comprensión de sus orígenes y evolución puede despertar interés por los temas de historia literaria. De Esquilo, la pieza escolar tradicional es el *Prometeo*, sin duda la más fácil de las tragedias griegas; en cambio, tiene el inconveniente de plantear problemas de contenido, por dejar el argumento a medias. Para leer la *Orestíada* se necesitaría una preparación en griego muy grande. Pero el trágico escolar por excelencia es Sófocles, por su claridad de ideas, su religiosidad, su virtuosismo dramático y su arte de los caracteres. *Antígona*, *Edipo Rey* y *Electra* son las tragedias más leídas en el extranjero. *Antígona* tiene el inconveniente de la interpretación, en parte difícil y discutida. *Edipo Rey* es la más próxima al teatro moderno y, aunque es dura y desoladora, su final deja una impresión más suavizada. *Electra* puede ser muy bien la tragedia modelo, con tal de que se diga que en ella no se trata de un problema moral, sino de uno dramático: el mandato de Apolo ha de cumplirse y se trata de colocar a Electra en el centro de la ac-

ción. También el *Filoctetes* sería digno de lectura en clase, por su contraposición del carácter juvenil y franco de Neopólemo y de las argucias de Ulises.

Podría seguir hablando con mayor detención de otras obras y autores, pero lo único que aquí me interesaba era marcar los jalones de lo que podría ser la lectura de autores griegos con un poco más de tiempo y posibilidades didácticas. Por hoy hemos de contentarnos sin duda, y es mucho, con la lectura de unos pequeños trozos y luego de un libro de Jenofonte, del *Critón* o la *Tercera Filípica*, y de algunos fragmentos de poesía. Si algo de original tiene esta ponencia, es dar algunas indicaciones de cómo se puede aprovechar el poco tiempo disponible y de lo que cabría hacer si existieran más ediciones y medios de trabajo, y, sobre todo, más tiempo y más posibilidades de exigir a los alumnos una labor eficaz.

F. R. ADRADOS

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

RESEÑAS

ERNOUT, ALFRED y THOMAS, FRANÇOIS: *Syntaxe latine*. París. Librairie C. Klincksieck, 1951, 416 págs.

No defrauda la *Syntaxe* de Ernout-Thomas la ilusionada expectación que entre los estudiosos había despertado su anuncio. Aquel venerable manual de Riemann, tan seguro en el registro de hechos, y a quien deben la base de su formación en sintaxis tantos estudiantes y no pocos profesores, estaba reclamando un complemento y una renovación. El propio Ernout, a partir de la edición séptima, intentó, mediante adiciones y retoques parciales, ponerlo al día. Hoy, con François Thomas, nos suministra este tratado que, sin desconocer lo que debe a Riemann, renueva su doctrina y la pone a la altura de las exigencias y conocimientos del momento, amplía su ámbito cronológico y da al lector lo que en aquél, al utilizarlo, según era frecuente, como instrumento de iniciación en la sintaxis superior, hallaba en falta: un *conspectus* total y sistemático, propio de la obra escolar, que no deja zonas inexploradas ni omite, por suponerlos conocidos, conceptos elementales.

Buen fruto cabía esperar de esta colaboración de un especialista en sintaxis con una figura acreditada en el campo de la morfología y editor de autores de varia época y estilo, como Plauto, Lucrecio, Salustio, Plinio y Petronio. Ello da a la obra, dentro de las propuestas limitaciones de extensión, una notable amplitud de horizonte, y así no es de extrañar que los fenómenos se sigan en su evolución desde la lengua arcaica hasta el romance y que, junto a la influencia de Bennett o de Lindsay se manifieste, por ejemplo, la de Bourciez o la de Norberg.

Mantiénese una adhesión fidelísima a la sistemática tradicional, sin asomos de intentos revolucionarios como ocurre, ex. gr., en el *Système* de Juret, y ello aumenta la facilidad del manejo y la comodidad de la consulta.

La bibliografía es selecta y moderna, y no se ignora en ella lo español: se citan los tratados de Tovar y de Bassols, y también la revista *Emerita*, aunque con desatinada transcripción del subtítulo. Y si no se mencionan, por ejemplo, los estudios de Vallejo sobre el subjuntivo, es lo cierto que la posición mantenida en la pág. 197 sobre el tipo *ne fece-*

ris parece estar más cerca de la de nuestro compatriota que la expuesta anteriormente en las *Recherches* de Thomas.

Es difícil seleccionar aciertos de detalle. Un poco al azar, destacaremos la nitida claridad y precisión de ciertas doctrinas, como la del dativo con verbos compuestos, la del dativo agente, la del valor y uso respectivo de los dos futuros, la insistencia con que se pronuncian los autores contra el vulgar error de la perfecta reversibilidad de las voces del verbo, o la teoría de la relación histórica entre las oraciones finales y las consecutivas, ya expuesta por Thomas en las *Mélanges Ernout*.

Señalemos algunos puntos que se prestan a la discusión o a la objeción. Puede parecernos aventurado el intento de centrar históricamente todos los valores del acusativo en el que llaman los autores «de calificación autónoma» (en realidad es un acusativo de relación), aunque reconozcamos que da, desde el punto de vista lógico, una solución cómoda al problema de la diversidad de dichos valores. No estimamos indiscutible que el ablativo con *fungi* sea un separativo; hay argumentos comparatistas en abono de un valor instrumental (V. Wackernagel, *Vorles.* I 68). Creemos que es una interpretación violenta entender como partitivo el genitivo con *exsul*, *socius*, *consciis* o *insciis*, y tampoco estimamos convincente el derivar el genitivo con verbos de memoria del genitivo partitivo, fundándose en que el recuerdo es «una impresión parcial». Algunos de los ejemplos de dativo posesivo de la pág. 63 ofrecen dudas en cuanto a su calificación como tales (*sese Caesari ad pedes proiecerunt, testis erat magnis uirtutibus*). Observamos que en las páginas 178 y 217 se llama «complemento de objeto» a la proposición complementiva con impersonales del tipo *libet* o *debet*, que más bien es complementiva-sujeto. Considérase intransitivo el giro *te agis*, no distinto en su origen de *ago capellas*. Hallamos extraña la etimología *chantant* < **canando* (págs. 225 y 226), como también que se afirme, con olvido del italiano y del español, que el tipo en *-ando* es la única forma del gerundio latino que ha tenido una supervivencia en las lenguas romances. Nos resulta poco preciso el concepto del llamado *cum inuersum*, que más que la posterioridad de la acción subordinada creemos que indica que el proceso fundamental está expresado en la oración subordinada, y la circunstancia cronológica que la matiza, en la subordinante. Por último, los animales a que se refiere Virgilio en *Geórg.* I 415-416 no son las abejas, sino los cuervos.—M. MARÍN PEÑA.

HOFFMANN, J. B.: *Etymologisches Wörterbuch des Griechischen*. Munich, Editorial R. Oldenbourg, 1950, 433 páginas.


El eminente latinista J. B. Hoffmann nos ofrece ahora un pequeño diccionario etimológico griego sin documentación bibliográfica ni cita de las etimologías poco probables. Obra bien presentada y redactada

con claridad y concisión, es útil para quien busque una información general sobre la etimología griega. Además, dado que las reediciones del gran diccionario etimológico de Boisacq no hacen más que repetir la ya anticuada de 1907, a veces reporta utilidad con respecto a aquél, si bien la falta de bibliografía disminuye en este aspecto el valor de la obra que comentamos. Es sensible, por otra parte, que no se utilicen todavía para la comparación el tocario y el hitita (cosa que ya hace Pokorny en su reedición en curso del antiguo Walde-Pokorny).—F. R. A.

WILCKEN, ULRICH: *Historia de Grecia*. Madrid, Ediciones Pegaso, 1942, 436 páginas.

Es sin duda alguna el mejor manual de Historia de Grecia existente en España. Obra de un gran hombre de ciencia, cuya actividad se dedicó principalmente a la Papirología, deja traslucir a cada instante el rigor científico y sobriedad de su autor. Las ventajas fundamentales que tiene sobre otros libros semejantes son el encuadramiento de la historia griega más antigua dentro de las culturas contemporáneas del Mediterráneo oriental y la valoración y estudio detenido del período helénístico, tan bien conocido por el autor. A esta última circunstancia debemos quizá atribuir un enjuiciamiento de Demóstenes no del todo sereno. Pero ello no empaña el magnífico conjunto que es el libro.—F. R. A.

HUMBERT, JULES y BERGUIN, HENRI: *Histoire illustrée de la littérature grecque*. Paris, Didier, 1947, 485 páginas.

 Falta en España un buen manual de Historia de la Literatura Griega y esta obra francesa creemos que puede prestar buenos servicios. La presentación es buena y agradable, con numerosas ilustraciones, con el texto de los capítulos dividido en numerosas divisiones con sus títulos correspondientes, que orientan al lector, con abundantes índices y cuadros. Las mejores cualidades tradicionales de los manuales franceses —la claridad de exposición, la buena calidad del estilo, el atractivo que saben prestar al tema— están aquí presentes. Además, la obra es mucho más completa que, por ejemplo, la conocida de Nestlé. Vida de cada autor, enumeración y análisis de sus obras, ideas, arte literario de la composición y el estilo, etc., todo es analizado. Hay frecuentes citas (generalmente en traducción) que sirven como muestra de los aspectos más característicos del autor enjuiciado.

Sin embargo y a pesar de su innegable utilidad, este manual tiene algunos defectos graves. Al dedicar casi todo el espacio a las grandes personalidades literarias, se pierde un poco de vista la idea de una historia general de la literatura griega, con sus problemas y desarrollos, y

los autores nos dan más bien una serie de monografías independientes y cada una a su vez sin conexión entre el autor estudiado y su época. En suma, falta en general el sentido histórico: baste con decir que al procederse por géneros literarios dentro de la época ática, en la exposición viene Menandro antes que Heródoto y Aristóteles antes que Gorgias. Las bibliografías de los capítulos dan excesiva preferencia a las obras francesas (a veces sin importancia o anticuadas), aun partiendo de que el libro tiene un fin primordialmente escolar.—F. R. A.

OBREGÓN BARREDA, E.: *Gramática de la lengua griega*. Primer curso. 1950.

Otra Gramática griega del tipo escolar, no muy oportuna en su aparición si se confirman los rumores que prevén corta o lánguida vida para la lengua helénica en los estudios secundarios; pero no una Gramática más, sino una interesantísima experiencia en este género de obras que tanto se presta al refrito o al uso del bote de goma y las tijeras. Obregón pensó, sin duda, que ninguno de los textos hasta ahora publicados le satisfacía en su docencia de Santander, y se puso a escribir un compendio a su gusto, descargado de la broza y del farragoso lastre que tanto abunda en obras similares. Esto tiene el inconveniente de que el principiante puede asustarse ante la esquelética sucesión de paradigmas que constituye esencialmente la primera parte; pero ahí del buen profesor para ahuyentar este miedo y rellenar con explicaciones ese armazón que, después de todo, es lo fundamental en la Gramática. Muy útil también es la serie de cuarenta vocabularios, dispuestos en forma ideológica, que cierran el libro. En general, la exposición no admite reparos: el autor, que conoce muy bien la materia lingüística, ha procurado no disimular las verdades ni disfrazarlas más que en cuanto es materialmente indispensable. Unicamente discrepamos de él en su afirmación de que «en la práctica no es necesario distinguir la pronunciación aspirada del espíritu áspero»: ¿no conviene que el alumno se acostumbre a aprender por vía auditiva qué espíritu corresponde a cada palabra? Tampoco nos convence la etimología de *clericus* dada por S. Jerónimo, por muy respetable que pueda ser su opinión en otras materias.—M. F. G.

IGNACIO ERRANDONEA, S. I.: *Epítome de Gramática griego-biblica*. Barcelona. Eugenio Subirana, S. A., 1950.

El hecho de que sean ya cuatro las ediciones latinas de esta obra publicadas en Roma basta para manifestarnos cuán grande ha sido el éxito merecidamente obtenido por ella. Ahora viene una primera edición española —a la que sin duda seguirán otras varias— a atender a las necesi-

dades de quienes, aun conociendo el latín, gustan más de leer los textos científicos en nuestra lengua.

Muy breve será nuestra reseña, pues no tenemos por qué hablar sino de las novedades aquí introducidas, entre las cuales figura, como una de las más importantes, la aducción de las correspondientes citas de la Vulgata a continuación de cada una de las frases griegas citadas como ejemplos sintácticos: esto obligará al lector inexperto a andar con cierta cautela si no quiere ser inducido a error por versiones demasiado libres.

En general, la obra ha sido mejorada, si algo cabía en este aspecto, con muchos retoques en distintos lugares de ella. Resulta, en fin, una imprescindible guía para todo el que quiera acercarse al texto griego de la Biblia, y una guía trazada nada menos que por la experta y segura pluma del competentísimo P. Errandonea.—M. F. G.

NOUGARET, LOUIS: *Traité de Métrique latine classique*. París. Librairie C. Klincksieck, 1948.

La presente obra rinde, sin duda, al estudiante un valioso servicio. El fundamento mismo de su facilidad y comodidad consiste precisamente en presentar la Métrica latina separadamente de la griega. El Sr. Nougaret manifiesta su complacencia por el hecho. En el prólogo indica que el libro está destinado a estudiantes que en su mayoría no se familiarizarán con la lengua griega. Desde el punto de vista español no es probable que vaya a estudiar Métrica latina un estudiante que no vaya a tener cierto contacto con el griego. Es decir, que los que se servirán del libro entre los españoles serán seguramente los aspirantes a la Licenciatura en Filología Clásica y más tarde los aspirantes a cátedras. ¿Será suficiente la obra para los primeros y, sobre todo, para los segundos? ¿Deberán contentarse con ella? A nuestro juicio, en la misma ventaja del libro reside su defecto: presentar la Métrica latina separada de la griega es contentarse con una copia sin asomarse al original. El defecto que el autor atribuye a Koster —presentar la Métrica latina como un apéndice— es cierto; pero no cabe duda de que todo estudioso de la Métrica latina debe empezar por el principio, y el principio es estudiar la Métrica griega, y lo demás, y con conocimiento científico, viene casi por añadidura. Insistimos en que al hacer estas observaciones no perdemos de vista al lector español, para quien es esta breve reseña.

A lo largo de la obra el autor soslaya voluntariamente, creo yo —quizá por el destino del libro—, todos los problemas, o bien adopta *a priori* posiciones de escuela: v. gr., la posición de la escuela francesa sobre el acento latino (ep. 7). Entre los problemas soslayados figura el de la naturaleza de los versos eólicos, que el autor, apoyándose en Meillet, cree más bien que tienen como unidad la sílaba que el pie. A nosotros no nos parece que, al menos históricamente, el oído de los antiguos sintiera así.

Consecuente consigo mismo, no adopta la medida coriámbica, pero para «dégager le point commun qui apparente tous les éoliens» (ep. 272) en los esquemas aísla el coriambo, si bien «pour ne rien préjuger, on évitera, dans cet exposé, de diviser en pieds les vers éoliens» (ep. 270). La posición es científicamente inconvencible, pero insatisfactoria, sin contar con que hay cierta inconsecuencia en inducir al lector con la imagen gráfica en dirección opuesta a la sostenida teóricamente.

El autor dedica el capítulo II al *carmen* antiguo, precedente del saturnio, y al saturnio mismo: el estudio es interesante y útil, pero siempre soslaya problemas que saltan por sí mismos. El capítulo III lo dedica al hexámetro, con un estudio detenido y excelente y epígrafes tan interesantes como el 60 («El hexámetro y la lengua») o los 100 y ss., dedicados al fin de verso, o el 119 y ss. («Fin de verso y acento»), aunque en éste con posición previa adoptada. El IV, a la versificación yambotrocaica, con una casuística completa. El V, del que ya hemos hablado, a la Métrica eólica. Por cierto que el autor, que concede a la Métrica latina más originalidad de la que creemos tiene, aquí se excede calificándola de copia servil: Horacio hizo algo más (cfr. P. U. González de la Calle, *De re metrica «Horatiana»* en *Emerita* IV 1936, 38-73 y 248-275). El ep. 314, dedicado a los galiambos, lo hubiéramos ampliado un poco más. Y para que nada falte a la obra, el capítulo VI es un breve estudio sobre prosa métrica, seguido de un apéndice sobre el *cursus* rítmico.

Libro útil y valioso, donde el estudiante encuentra reunidos los conocimientos precisos sobre Métrica latina, pero en el que se soslayan, sin duda adrede, todos los problemas.—V. E. HERNÁNDEZ VISTA.

INFORMACION ACADEMICA

CATEDRAS DE UNIVERSIDAD

Por Decreto de 7-IX-1951 («B. O.» del 19) se regula la forma de nombrar los Tribunales de oposiciones, que estarán constituidos por cinco jueces, designados en la forma siguiente: 1.º El presidente, designado libremente por el Ministro de Educación Nacional de entre los miembros del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Consejo Nacional de Educación o Instituto de España. 2.º Un vocal, Catedrático o no, especializado en la disciplina o en materias similares, designado por el Ministro a propuesta en terna del Consejo Nacional de Educación. 3.º Tres vocales Catedráticos de la misma asignatura convocada a oposición, designados automáticamente por turno de rotación en el orden de antigüedad en el escalafón, el cual se considerará a estos efectos dividido en tres partes iguales, de cada una de las cuales será designado un vocal.

Por Decreto de 26-X-1951 («B. O.» del 31) quedan anulados todos los Tribunales de oposiciones a Cátedras de Universidad cuyos aspirantes no hayan efectuado su presentación antes de tal fecha.

Por Orden de 4-VI-1951 («B. O.» del 17) quedan admitidos definitivamente, para la oposición a la Cátedra de *Prehistoria e Historia de España de las Edades Antigua y Media e Historia general de España (Antigua y Media)* de la Universidad de Santiago, los ocho opositores indicados en nuestra pág. 114.

Por Orden de la misma fecha («B. O.» del mismo día) quedan admitidos definitivamente para las de *Lengua y Literatura Latinas* de Valencia y Murcia (cfr. págs. 115, 120 y 180) los Sres. Mariné, Dolç, García de Diego López, Díaz y Echave-Sustaeta.

Por Orden de 15-VI-1951 («B. O.» del 20) es nombrado para la Cátedra de *Filología Griega* (2.ª) de la Universidad de Barcelona (cfr. páginas 178-179) el Sr. Rodríguez Agradós. Por Orden de 17-VII-1951 («B. O.» del 24) se le concede la excedencia voluntaria. Por Orden de 6-VIII-1951 («B. O.» del 19) sale a concurso la Cátedra. Por Orden de 19-IX-1951 («B. O.» del 10-X) se declara desierto el concurso.

Por Orden del 14-IX-1951 («B. O.» del 12-X) se declara desierto el concurso para la cátedra de *Lengua y Literatura Latinas* de Sevilla (cfr. página 115).

Con fecha 28-IX-1951 («B. O.» del 12-X) es nombrado Rector de Salamanca el Sr. Tovar. Con fecha 18-X-1951 («B. O.» del 20) son nombrados Vicerrectores de Barcelona y Valladolid, respectivamente, los Sres. Iglesias y Arias. Con fecha 28-IX-1951 («B. O.» del 12-X) cesan como Rectores de Granada y Valladolid los Sres. Marín y Mergelina.

CATEDRAS DE INSTITUTO

Por Decreto de 19-X-1951 («B. O.» del 24) se regulan los Tribunales de Institutos en forma muy parecida a los de Universidad (cfr. supra). El presidente podrá ser un Catedrático de Universidad que profese materias afines a las de la oposición convocada, aunque no pertenezca a los organismos allí citados. Uno de los vocales será Catedrático de Universidad, y los otros tres, Catedráticos de Instituto, en las mismas condiciones en cuanto a rotación, etc.

Por Decreto de 26-X-1951 («B. O.» del 31) quedan anulados todos los Tribunales en la misma forma que los de Universidades.

Con fecha 27-IX-1951 («B. O.» del 14-X) son admitidos provisionalmente para las seis Cátedras de *Lengua Latina* pendientes de oposición (cfr. pág. 180), los Sres. Herrero, Palomar, Alvarez Tajahuerce, Pacheco, Rodríguez Seijas, García Rúa, Díez de Bethencourt, Rodríguez Acosta, Gormaz, Torrent, Boira, González-Haba, Duránte, Ibarra, Marlés, Varela, Losada, Díez González, Correa, Pericás, Garau, Alvarez Iglesias, Sánchez-Gijón, Boleda, Guaza, Juncosa, Bueno, Jiménez Rodríguez, Bejarano, Carrasco, Rodríguez Perera, Cotariello, Martínez Pujalte, Muñoz Valle, Arbesú, Díaz Villamor, Hernández Riesco, Juan, Lorenzo, Martos, Riesco, Solé, Argomániz, Falcón, Muñoz Sánchez, Rodríguez Fernández, Alcaide, Yanguas, Sánchez Rocamora, Rey, Martínez González, Mosquera, Mediavilla, García de la Santa, Alonso, del Arbol, Moro, Repollés, Rabell, Valero, Alonso-Villalobos, Urrutia y Fernández Castañón. Quedan excluidos provisionalmente los Sres. Porta, González García y Matas.

Con fecha 27-IX-1951 («B. O.» del 14-X) son admitidos provisionalmente para las Cátedras de *Lengua griega* de los Institutos de Cartagena, Madrid (Cervantes), Melilla, Orense, Salamanca (masculino) y Sevilla (femenino), los Sres. Isla, Gil, Jiménez Rodríguez, Sánchez Merino, Nieto, Martínez Figueroa, Vidal, Gutiérrez Sosa, Posac, Martín Ferrero, Usábel, Corbera, Socías, Cam-

po, Rico, Azara, García Yagüe, Peña, Bueno, Lérida, Calonge, Martín Gabriel, Nevado, Gutiérrez Voltá, Giner, Chillida, Hernández Perera, Pérez Fernández, González Martínez, Palli, Alsina, Fernández Lloréns, Zaragoza, Garzón, Lafuente, Vázquez Cifuentes, González Laso, Pondal, Sánchez Lasso de la Vega, Vicuña, Sanmartí, Díez Pérez, Ruiz Rabre, Fidalgo, Alomar, Manso, Merino, Urrutia, Novoa, Cordero y Martínez Martínez.

Por Ordenes de 7-VII-1951 («B. O.» del 7-VIII) se anuncian a concurso las Cátedras de *Lengua Griega* de Palma (femenino) y Reus. Por otra de 18-IX-1951 («B. O.» del 1-X) se nombra para esta última a la Srta. Pascual, del Instituto de Pontevedra.

Por Orden de 3-VII-1951 («B. O.» del 29) se nombra por concurso para la Cátedra de *Lengua Latina* de Santa Cruz de la Palma al Sr. Martín Cigala, del Instituto de Vitoria (cfr. pág. 180).

Por Orden del 11-VIII-1951 («B. O.» del 3-IX) se nombra por concurso para la Cátedra de *Lengua Latina* de Sevilla (masculino) al Sr. García de Diego López, del femenino de la misma plaza, y para esta última vacante, al Sr. Martínez Jiménez, que estaba excedente.

Por Orden de 27-IX-1951 («B. O.» del 13-X) se autoriza la permuta de los Catedráticos de *Lengua Latina* Sres. Rubio (que pasa a Logroño) y Segura (ídem a Jaén).

Por Orden de 3-VIII-1951 («B. O.» del 16) deja de ser excedente el Catedrático de *Lengua Griega* de Madrid (Maeztu) Sr. Ortiz.

INFORMACION CIENTIFICA

EL TEATRO ROMANO DE MALAGA

Una organización arqueológica extraordinariamente elástica, como es la de España, a través de una red, cada vez más densa, de Comisarios Provinciales, Insulares y Locales de Excavaciones, va logrando, cada vez con mayor eficacia, la salvación de documentos históricos de tipo arqueológico, que tradicionalmente se perdían y que hoy son salvados por los Comisarios, como en manera ejemplar acaba de ocurrir en Málaga, gracias a la atención vigilante del Comisario Local de Excavaciones D. Juan Temboury Alvarez, de D. Jorge Rein Segura y del Comisario Provincial D. Simeón Giménez Reyna. A comienzos del año en curso y con motivo de unas explanaciones para nuevos jardines en el lugar denominado La Alcazabilla, en el centro de la ciudad de Málaga, debajo de La Alcazaba árabe recientemente excavada y restaurada (gracias al auxilio económico prestado por los Gobernadores civiles de Málaga hasta 1947 a la obra de la Comisaría de Excavaciones de aquella ciudad), se pusieron al descubierto restos inmediatamente identificados como romanos, cuya exploración sistemática se comenzó y que al culminar el verano pudieron ser ya identificados como pertenecientes al teatro romano de Málaga.

El descubrimiento de un teatro romano en Málaga era ya sorprendente porque ninguna noticia literaria existía de él y porque parecía —a través de los textos y de los restos clásicos descubiertos en aquella ciudad— que la importancia de Málaga no había sido tan excepcional como hoy lo demuestra el reciente teatro romano. Gracias al auxilio del Ayuntamiento de Málaga, eficacísimo y único hasta la fecha en este trabajo, y al esfuerzo del arquitecto Sr. Atencia, secundando la dirección técnica del Comisario de Excavaciones D. Juan Temboury, ha quedado al descubierto ya un sector lo suficientemente amplio para poner a la vista un teatro romano típico, de características no muy alejadas del de Mérida y que tiene una semejanza especial con el norteafricano de Djemilla. Hasta el momento actual (15 de octubre) se ha descubierto una de las grandes galerías naturales en que estaban las puertas de acceso a las graderías altas directo prestado por los Gobernadores civiles de Málaga hasta 1947 a la obra, a las bajas y a la escena (véase figuras 1 y 2); la conservación del monumento es excelente, como puede verse por el plano

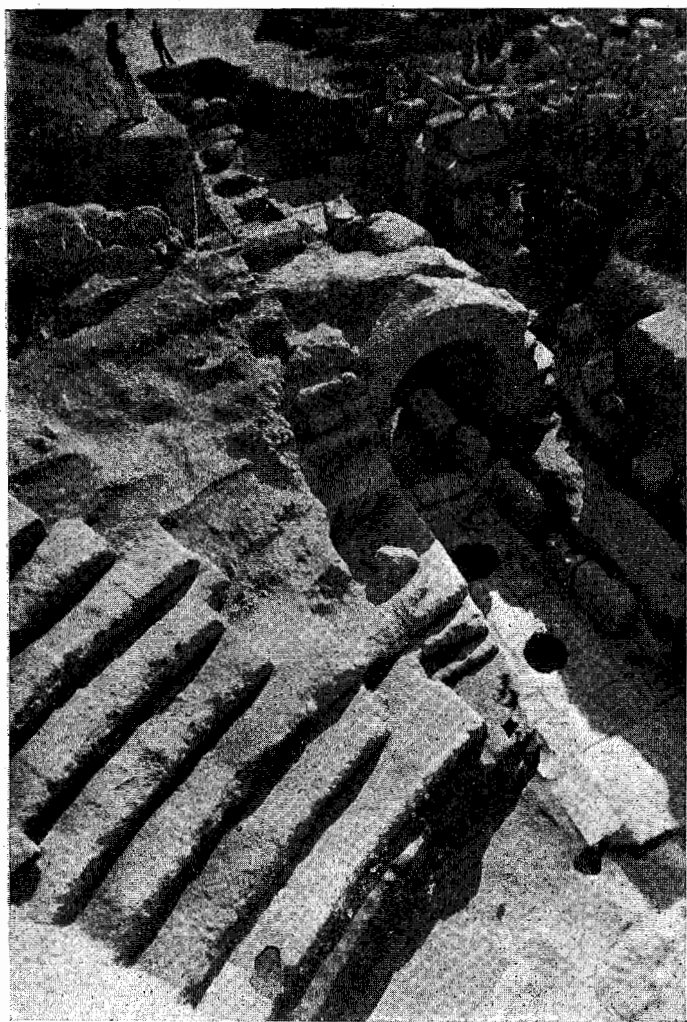


Figura 1.—Galería de acceso a la orquesta y sector de gradas vista desde lo alto



Figura 2.— Aspecto parcial desde la orquesta

parcial de lo excavado (que presentamos con esta nota) y alguna vista de conjunto que pone bien de relieve la monumentalidad y excelente calidad de la obra. En efecto, ningún esfuerzo se ahorró, antes al contrario, para un trabajo cuidado de los materiales y la busca de éstos a través de todas las provincias del Imperio, que dieron sus mármoles andaluces, africanos, italianos e incluso granito rojo de Asuan.

No es momento de dar detalle alguno, sino la escueta noticia del descubrimiento de un monumento singularísimo abandonado en el siglo III definitivamente, como lo atestigua la gran escombrera romana del siglo III y IV pródiga en pequeños hallazgos arqueológicos que cubría uniformemente tan singular monumento, del que no «flotaban» más que las columnas del escenario, que fueron desmochadas por los árabes para utilizarlas en el embellecimiento de La Alcazaba. Las inscripciones monumentales, muy fragmentadas, son de caracteres augusteos y revelan la importancia singularísima del nuevo teatro que tan inesperadamente y en lo más céntrico de una ciudad populosa ha venido a enriquecer el patrimonio arqueológico de España y del Imperio. Las excavaciones prosiguen, y pronto será posible ofrecer a la admiración de propios y extraños, completo, tan singular monumento, que sufrió ya alguna destrucción de su escena hace una docena de años, con motivo de cimentarse el llamado Palacio de Archivos, Bibliotecas y Museos, que cubre una gran parte del monumento romano y que deberá desaparecer para la excavación total, urbanización y puesta en valor de dicho monumento.—J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA.

LA REUNION DE SOCIEDADES CLASICAS DE CAMBRIDGE

Como anunciamos en la pág. 172, en los días 9 a 16 de agosto se celebró en Cambridge la reunión trienal del Comité conjunto de Sociedades Clásicas (Hellenic Society, Roman Society, Classical Association, Escuelas británicas de Atenas y Roma) correspondiente al año actual (la anterior se había celebrado en Oxford en el 1948).

La base del programa estaba constituida por conferencias cuya lista dimos en el lugar mencionado. De entre ellas recordamos con particular agrado las de los profesores Fraenkel, de Oxford, que nos dió una aguda y vivaz interpretación del *Culex*; Blegen, de Cincinnati, que presentó un completísimo panorama del estado actual de las excavaciones de Troya, donde no hay grandes novedades; Kitto, de Bristol, que sustituía al prof. Robertson, de Cambridge, convaleciente de una grave enfermedad, y cuya conferencia («Los griegos no tenían ninguna palabra para designarlo») fué un ingenioso estudio sobre el concepto helénico de Literatura; Dodds, de Oxford, del que recordamos, sobre todo, los interesantes paralelos entre Anaxágoras y Diodoro I 7-8; Wheeler, de Londres, por el cual nos fué ofrecida, bajo el título definitivo «Roma en Oriente:

arte y comercio», una visión realmente impresionante de las huellas romanas en las rutas comerciales asiáticas, con referencia particular a los asombrosos hallazgos de Taxila, la vieja ciudad púrtica, al tesoro monetario de Pondichéry, etc.; Wace, de Alejandria, que comunicó algunas novedades de una brevisima campaña realizada en Micenas después de la guerra (por ejemplo, dos enormes piedras que, colocadas en su antiguo lugar, han alterado la conocida fisonomía de la Puerta de los Leones; una casa recientemente excavada que debió de ser destruida por un violentísimo incendio, y en la cual fueron halladas varias jarras cuyo contenido, seguramente aceite, fué vertido intencionadamente a pesar del complicado sistema de cierre, no muy distinto del de nuestras botellas de «champagne», con un tapón recubierto de una capa de arcilla en que aparecen huellas digitales y hermosos sellos referentes sin duda a las distintas calidades o grados del liquido; etc.); y la Srta. Richter, de Nueva York, que ha llegado a conclusiones muy seguras sobre el aparato que empleaban los copistas romanos para la reproducción de esculturas griegas. En general, todas las conferencias fueron muy sugestivas y útiles, por lo cual es de alabar el acierto de quienes señalaron el programa y eligieron a los oradores.

En cambio, ha dejado algo que desear el capítulo de las discusiones científicas. Si se exceptúan la plausible interpretación dada por el profesor Smyth a Proporcio III 11 y el debate que, acerca de un pormenor de la actuación de Aristides en la Liga Delia, introdujo el prof. Holroyd, de Oxford, las otras dos discusiones no aportaron nada interesante.

No faltaron, en fin, las acostumbradas excursiones (el Museo y las excavaciones de la antigua Verulamium, en St. Albans, están maravillosamente dirigidos y cuidados) y otros actos como la inolvidable recepción del King's College en que hizo gentilmente los honores de la casa el actual Preboste y viejo helenista prof. Sheppard.

El número de asistentes era muy grande: nos limitaremos a señalar la presencia de una serie de primeras figuras del mundo clásico inglés que presidieron por turno las sesiones (profesores Rose, de St. Andrews; Armstrong, de Liverpool; Lockwood, Turner y Webster, de Londres; miss Toynbee y Hammond, de Cambridge; Gomme, de Glasgow. etc.) y de otros bien conocidos profesores o especialistas que asistían a ellas: Davison (Leeds), Dudley-Smith, Ehrenberg, Mrs. Webster (la especialista en Métrica a quien conocíamos como miss Dale) y Winnington-Ingram (Londres); Gow, Greenwood y Page (Cambridge); Fraser y Griffith (Oxford); Phillips (Belfast); Brown (Redruth); Southern (Cripperfield) y tantos y tantos otros. En general, abundaba mucho el tipo clásico del profesor inglés de Enseñanza Secundaria: muy competente; sin grandes pretensiones, ordinariamente, en lo relativo a la investigación; dotado de una cultura muy amplia y muy seriamente penetrado del papel que estas materias deben desempeñar en la formación de las nuevas generaciones que con tan turbias perspectivas habrán de enfrentarse.

En esta ocasión los organizadores tuvieron gran interés en contar con una considerable participación extranjera; y podemos decir, de una vez para todas, que su hospitalidad ha sido realmente irreprochable y digna del mayor agradecimiento. Asistieron al Congreso varios profesores franceses (Chantraine y Aymard, de París; Dugas, de Lyon; Picard, de Túnez), italianos (Sra. Malcovati, de Pavia), alemanes (Latte, de Gottinga; Weickert, de Berlín; Reinhardt y Wedeking, de Francfort), suecos (Löfstedt, de Estocolmo; Boethius, de Goteborg), holandeses (Enk, de Groninga; den Boer, de Leiden), daneses (Höeg, de Copenhague), irlandeses (Tierney, de Dublín), etc. Fué realmente muy agradable el anudar o estrechar lazos de amistad y cooperación con muchos de ellos.

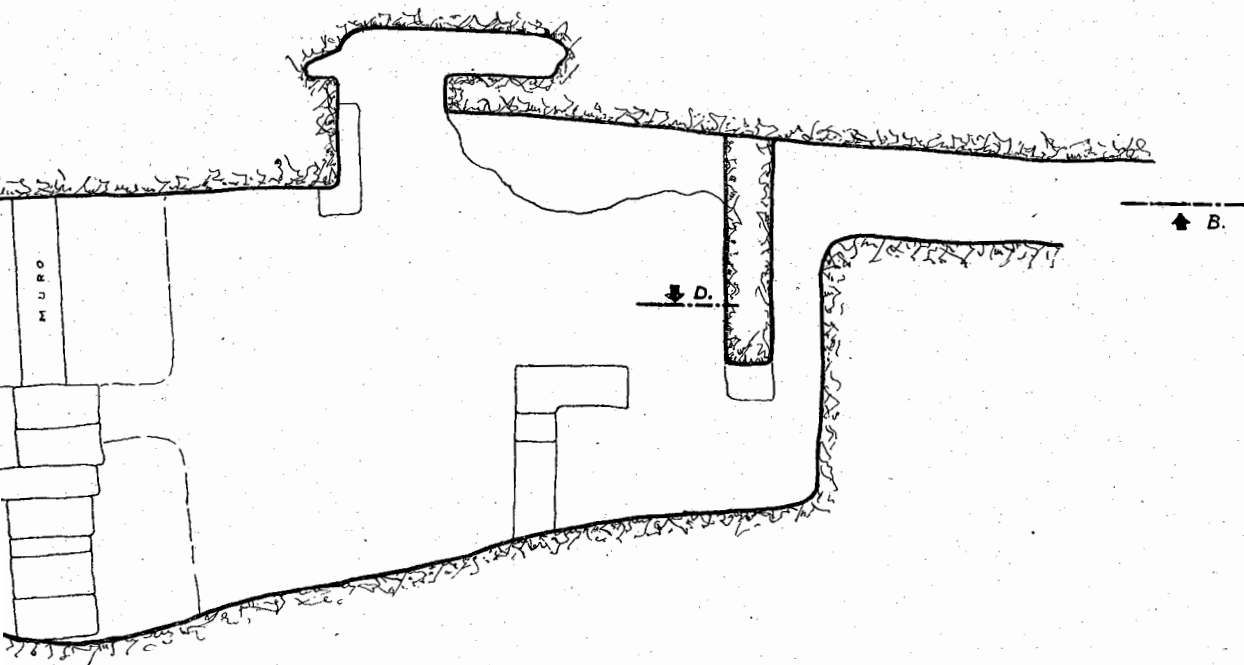
Son innumerables, en fin, los comentarios que podríamos hacer en relación con este Congreso, durante el cual hemos conocido algunas de las noticias que en esta misma sección se dan. Señalaremos, para terminar con dos notas muy significativas, que nos ha llamado la atención, ante todo, el gran cuidado que la mayoría de los conferenciantes (sobre todo Fraenkel y Kitto) pusieron en dar a su griego o a su latín una entonación intencionada y adecuada al carácter del texto, sin olvidar la medida cuantitativa. Y otra observación muy curiosa es la intransigencia conservadora de muchos de los oyentes en cuestiones de autenticidad literaria: cierta incrédula reserva que se hizo patente en parte del público cuando se aludió a la teoría de Schmid sobre el *Prometeo* o a la fecha tardía del *Culex*, alguna objeción con que fueron acogidas las conjeturas de Smyth sobre la elegía de Propertio, las protestas ante una osada presunción de falsedad de ciertas esculturas y, sobre todo, la estruendosa ovación con que fué acogida la afirmación de un conferenciante de que «Homero es Homero y no una larga serie de interpolaciones», nos indican claramente lo que hoy se opina en Inglaterra a este respecto.—M. F. G.

OTRAS INFORMACIONES CULTURALES

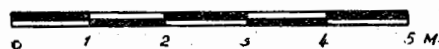
También en Cambridge, durante los días inmediatamente anteriores a la reunión mencionada, se celebró una asamblea general de la Federación Internacional de Asociaciones de Estudios Clásicos, algunos de cuyos miembros (los profesores Dain, Marouzeau y Dugas, secretario este último, y la Srta. Ernst, secretaria adjunta), asistieron a varias sesiones del «Meeting». Repetimos cuanto en las páginas 105 y 121 se dijo: interesa sumamente la creación en España de una Sociedad de Estudios Clásicos, no vinculada a organizaciones estatales, que pueda gestionar la incorporación a dicha Federación y, por tanto, a la UNESCO.

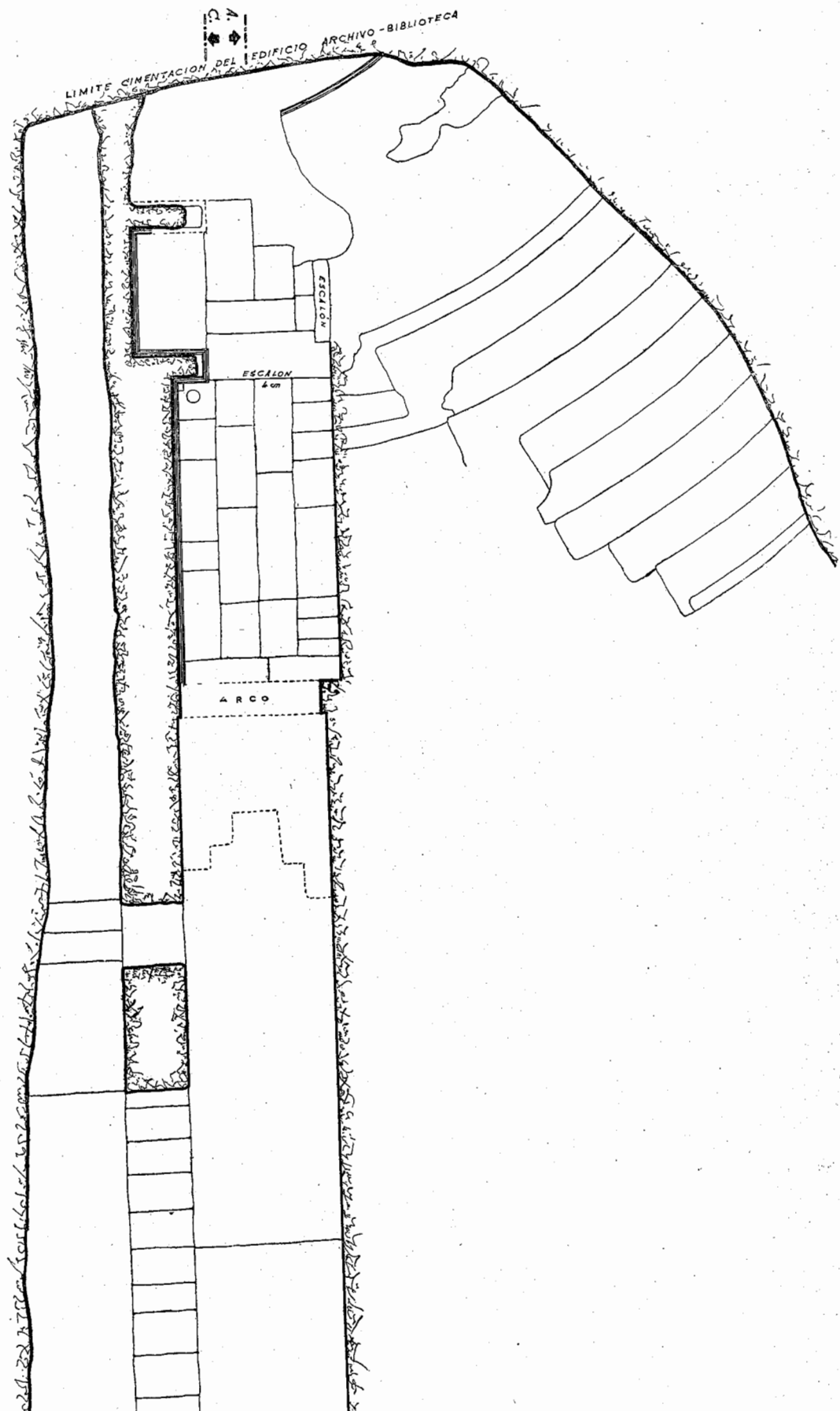
* * *

En Italia no había hasta hace poco ninguna asociación de este tipo. Hoy cuentan ya con la Associazione Italiana di Cultura Classica, con sede



ESCALA GRÁFICA.





en Nápoles, en cuya primera Junta directiva figuran A. Maiuri (presidente), G. Nencioni (secretario) y, entre otros, figuras tan importantes como Devoto, Gallavotti, Lavagnini, M. A. Levi, Pallottino y Pugliese Carratelli. Nos han dado, pues, un ejemplo digno de imitación.

* * *

La nueva sociedad italiana tiene también su órgano, la revista *Atene e Roma*, de cuya reaparición hablábamos en la página 173 (rectificamos, por cierto, el error allí padecido: la dirige Maiuri, siendo Levi el codirector responsable). El primer fascículo de la nueva serie (mayo-junio 1951) une un formato atractivo y gracioso con un contenido muy sólido. Nos hemos fijado principalmene en los estatutos de la flamante Associazione (17-20), en una edición bilingüe de un fragmento de Heródoto (4-10) y en un interesantísimo artículo de Maiuri (11-15) sobre las espléndidas pinturas pompeyanas encontradas cerca de Castellammare, en la antigua Stabiae, ciudad que, destruida por Sila el 30 de abril del 89, ha permanecido sepultada (salvo el paréntesis de febril y desordenada excavación en que, por los mismos años de los hallazgos de Pompeya, se afanaron nuestros compatriotas Alcubierre y Vega) hasta hace muy pocos meses. Los fragmentos aquí reproducidos son, desde luego, bellísimos.

* * *

Existe un nutrido programa de Congresos científicos para los próximos años. Ya hablamos (págs. 105, 171 y 172) de los que se celebrarán en Salónica y Tours (1953) y en Copenhague (1954). Para el 1952 se preparan dos reuniones: el VII Congreso Internacional de Papirología (véase la reseña del VI en *Emerita* XVII 1949, 427-432), que se organiza en Ginebra para la primera quincena de septiembre, y el II Congreso Internacional de Epigrafía Griega y Latina, que se celebrará en París (Colegio de Francia) durante los días 15 a 19 de abril.

* * *

En Salamanca, del 5 al 25 de agosto pasado, ha tenido lugar en la Universidad Pontificia el *IV Cursillo de Humanidades Clásicas*, que, simultaneado con el III de Lengua y Literatura Españolas, organiza el infatigable P. Guillén. El objetivo de estos cursillos es proporcionar orientación científica y pedagógica a los Profesores de Seminarios y Centros de Estudios de Ordenes Religiosas de la Península, que en número de 136 han acudido a estos cursillos en busca de perfeccionamiento. Las explicaciones se han desarrollado en conferencias y lecciones de carácter monográfico, buscando siempre perspectivas generales, bien

sobre problemas didácticos, bien sobre temas puramente teóricos. Nota saliente de los cursillos de este año ha sido la colaboración de catedráticos de las Universidades civiles de Salamanca, Madrid y Barcelona. Por lo que hace al cursillo de Clásicas, que es el que aquí nos corresponde reseñar, en la Sección griega intervinieron los Sres. Tovar y Sánchez Ruipérez, de la Universidad de Salamanca; el Sr. Cirac, de la de Barcelona, y el P. Balaguer, Sch. P. En la Sección latina disertaron, además del Director de los cursillos D. José Guillén, el Sr. Maluquer, de la Universidad de Salamanca; el catedrático del Instituto de León, Rvdo. D. Luis López Santos; el P. Salitges, Sch. P., el P. Martínez Cabello, C. M. F., el P. Arredondo, S. J., y el P. Garganta, O. P.

* * *

Entre los miles y miles de extranjeros que han pasado por España en el último verano, recordamos, aparte del eminente escriturista cardenal Tisserant, a algunos especialistas de nuestras materias. Pasó una temporada en el N. de España M. Olivier Masson (cfr. nuestra pág. 110). En Madrid han visitado la Universidad o el C. S. I. C. el Dr. Franz Beckmann, latinista y rector de Münster; el Dr. Ernst Zinn, docente para Filología Clásica e Historia de la Literatura comparada de la Universidad de Hamburgo y de la recién fundada de Saarbrücken; el Dr. B. B. Shefton, profesor de Arqueología clásica de la de Exeter; el Dr. A. D. Trendall, profesor de Griego y Arqueología de la de Sydney (Australia), el Dr. Gudmund Björck, profesor de Griego de la de Uppsala, y no recordamos si algún otro.

* * *

En cambio, han aprovechado la primavera o el verano para realizar viajes de estudios por Alemania D. Angel Losada, del Instituto «Francisco de Vitoria» del C. S. I. C. y la Srta. Mercedes González-Haba, profesora adjunta de la Universidad de Madrid; por Italia D. Antonio Fontán, Catedrático de la de Granada y miembro de nuestro Comité de redacción; por Francia, nuestro colaborador D. Martín Sánchez Ruipérez, de la de Salamanca, y el licenciado en Filología Clásica Sr. Azara; por Francia e Inglaterra, el Catedrático del Instituto «Menéndez y Pelayo» de Barcelona, Sr. Agud Querol.

* * *

El Catedrático de la Universidad de Madrid D. Santiago Montero Díaz, y el del Instituto «Marañón» de Barcelona D. Ramón Roquer han dado, en el «Instituto Social León XIII», dos cursos monográficos sobre

la República y las Leyes de Platón y sobre la Política y la Constitución de Atenas de Aristóteles, respectivamente.

* * *

La revista *Emerita* acaba de editar el semestre primero (309 páginas) del tomo XVIII (1950). Figuran en él, además de las habituales secciones de reseñas, índices de revistas, información (con una nota de M. C. Díaz sobre el *Corpus christianorum*, el nuevo Migne planeado por los benedictinos belgas), necrologías, etc., varios artículos muy interesantes, de entre los que se refieren al latín o el griego:

L. MONTEAGUDO, *Casiterides* (1-17).—Este famoso nesónimo corresponde a diez de las peladas isllas cercanas al cabo Vilaño (al NO. de La Coruña).

M. MARÍN Y PEÑA, *Sobre el «Agrícola» de Tácito* (18-30).—Discusión de varios lugares dudosos.

J. VALLEJO, *Apuntaciones filológicas* (IV). Tácito, «Historias», I, 23 (31-34).—Explicación de la frase *memoria Neroniani comitatus contubernalis appellando*.

A. DA COSTA RAMALHO, *A questão do género gramatical em grego, e um fragmento de Ferécates* (35-45).—Sobre las formaciones cómicas *μαίριαινα* e *ἰχθυοπάλαινα* (Ferécr. fr. 64).

A. MESSINA, *Di alcuni frammenti delle orazioni di Lisia* (46-69).—Fin del artículo que, por error, dábamos ya por acabado en pág. 106. Sigue discutiendo varios fragmentos lisiacos (II-III, que no se refieren a Esquines el Socrático; Pap. Oxy. 1606 e Hib. 14).

M. SÁNCHEZ RUIPÉREZ, *El manuscrito de Teócrito del código griego núm. 230 de la Universidad de Salamanca* (70-88).—Dicho ms. se escribió entre el 1460 y el 1512: es un código contaminado, afín al *genus Valianum*.

L. MASSA POSITANO, *Miscellanea critica* (89-103).—Estudio y discusión de Solón I 34 y III 4; Esquilo *Pers.* 631-632; Eurípides *Alc.* 360-362 y 529; Crítias fr. 8 Diehl.

J. MALLON, *Recherches sur les inscriptions à la pointe sèche publiées par le Marquis de Monsalud* (104-137).—Sobre varias inscripciones de entre las que algunas son falsas.

A. PARIENTE, *Patrare, interpretari y pellere* (138-150).—Insiste en la ya expuesta etimología de *patrare* como procedente del denominativo **partare*; del mismo procede también *interpretari*; *pellere* viene de **pallere*, relacionado con el gr. *παλλω*.

P. PERICAY FERRIOL, *Sobre los nombres de Indica* (151-173).—Explicación de los varios nombres de esta ciudad griega cercana a Emporion.

Entre las discusiones y comunicados figuran una nota de A. FONTÁN,

Sobre Séneca, «De tranquillitate animi» y «De brevitae vitae» (186-192), y otra de F. RODRÍGUEZ ABRADOS, Sobre el texto de Teognis a propósito de la edición de Carrière (París, 1948), en las páginas 204-214.

* * *

Dentro del plan de la «Enciclopedia Clásica» que prepara el C. S. I. C. (cfr. págs. 172-173) es posible que sea publicada en breve una *Numismática antigua de la Península Ibérica*, a cargo del Sr. Beltrán Martínez, de la Universidad de Zaragoza.

* * *

En breve reaparecerá, con sincero júbilo de todos, la revista alemana *Hermes*, cuyo volumen LXXX, fasc. 1, será el inicial de los publicados por la nueva editorial, Franz Steiner Verlag, de Wiesbaden.

* * *

El núm. 2 de *Oriente* (cfr. pág. 186) publica un artículo sobre *La paideia cristiana*, escrito por C. Láscaris Comneno (49-56). Es muy sugestiva la contraposición, en los Padres de la Iglesia primitiva, entre la *paideia* clásica y la verdadera formación moral del Cristianismo.

* * *

Ha aparecido en Salamanca, editado por el Colegio Trilingüe, el primer número de la revista *Minos*, dedicada al estudio de los textos prehelénicos de Creta. Es por ahora la única publicación periódica del mundo que se ocupa exclusivamente de estos temas. El citado fascículo contiene artículos de los profesores Kretschmer (*Die antike Punktierung und der Diskus von Phaistos. Eine schriftgeschichtliche Untersuchung*, páginas 7-25), Myres (*The Purpose and the Formulae of the Minoan Tablets from Hagia Triada*, 26-30), Sundwall (*Sachzeichen und Symbole in knossischen Rinderinventaren*, 31-38), Marinatos (*Some General Notes on the Minoan Written Documents*, 39-42), y de los codirectores Peruzzi (*Osservazioni sulla lingua minoica*, 43-60) y Tovar (*Sobre supervivencias del silabismo minoico en ibérico y otros alfabetos*, 61-70); y se anuncian trabajos de diversos autores, entre ellos del español B. Gaya Nuño.

* * *

La revista *Nubis*, de Palencia, ha publicado, en el número del verano de 1951, un artículo de E. Hernández Vista (*De César a Garcilaso*)

en que el autor sugiere la posibilidad de que Garcilaso se haya inspirado en César, y no en Ovidio, para unos versos de la égloga tercera.

* * *

En el curso de verano organizado en Sitges por la Universidad de Barcelona y dirigido por D. Mariano Bassols de Climent, ha dado una conferencia sobre el tema *Platón y su tiempo* el Catedrático D. Manuel Fernández-Galiano.

* * *

El 25 de octubre de 1951, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, ha dado, con gran éxito, una conferencia titulada *Lecciones de la Historia grecorromana para la Historia Universal*, el eminente profesor Arnold J. Toynbee, de la Universidad de Londres.

* * *

Una empresa que podría ser sumamente interesante, pero cuyo desarrollo actual parece algo lánguido, es la lista de traducciones medievales y renacentistas del griego al latín y de comentarios latinos medievales y renacentistas sobre autores griegos y latinos que hayan escrito antes del 600 d. J. C. Se trata, realmente, de una gigantesca obra de consulta cuya falta se deja sentir en sumo grado.

La edición está patrocinada por el Committee on Renaissance Studies of the American Council of Learned Societies, la American Philological Association, la Mediaeval Academy of America, la Modern Language Association of America, la British Academy y la Accademia Nazionale dei Lincei. El Comité ejecutivo está presidido por el profesor M. E. Cosenza (hoy jubilado, del Brooklyn College) y sus secretarios son los profesores P. Kibre (Hunter College) y P. O. Kristeller (Columbia University). El Comité tiene representantes en varios países europeos: en España lo son los profesores Díaz y d'Ors (Santiago), Espinosa (Salamanca), Fernández-Galiano (Madrid) y Olives (Barcelona).

* * *

Aunque sean noticias atrasadas, no queremos dejar de señalar tres importantes acontecimientos que han marcado un notable avance en la recuperación intelectual de Alemania: la reunión de investigadores alemanes que se celebró en Hinterzarten en los días 29 de agosto a 2 de septiembre de 1949; las jornadas del Deutscher Alphilologenverband que, con más de cuatrocientos participantes, se desarrollaron en München-Gladbach en los días 2 a 4 de junio de 1950; y finalmente, como

el más notable de estos hechos, la fundación de la Mommsen-Gesellschaft o Verband der Forscher auf dem Gebiete des griechisch-römischen Altertums, que celebró su primera asamblea en Jena (zona oriental) en los días 2 a 3 del mismo mes y año.

* * *

Reviste características de sensacional y merece especial mención en una publicación como ésta, el descubrimiento de un nuevo método para fijar la cronología de hallazgos arqueológicos de origen vegetal y animal, basado en la cantidad de carbono de peso atómico 14 que contengan. El procedimiento, debido al profesor Willard F. Libby, de la Universidad de Chicago, resulta particularmente eficaz para períodos muy largos, pues el margen de error es bastante grande, pero puede también aplicarse en ciertas condiciones a hallazgos relativamente recientes.

Conocemos ya algunas conclusiones alcanzadas por este sistema. Se ha llegado a datar hacia el año 9000 a. J. C., el último período glacial en Norteamérica; entre el 5077 y el 4437 a. J. C., unos objetos hallados en las excavaciones de Jarmo, en el Irak; entre el 4395 y el 3895, unos granos de trigo de la cultura protoegipcia del Fayum; entre el 3133 y el 2733, unas maderas de una tumba de la 1.^a dinastía, que suele situarse entre el 3100 y el 2800; y, en fin, entre el 167 a. J. C. y el 233 d. J. C., un pedazo de tela hallada con los manuscritos hebreos de la famosa caverna del Mar Muerto, lo cual habla en contra de una posible superchería medieval.

ALGUNAS NOTICIAS DE BIBLIOGRAFIA CLASICA

No hay día en que no vean la luz, en los más distantes países, cinco o seis libros o artículos relativos a la Filología Clásica. Imposible, pues, no ya el leerlos ni aun el poseerlos todos, sino incluso el recordar o conocer una gran parte de esta abrumadora bibliografía. Si es preciso, sin embargo, participar a nuestros lectores la aparición de algunos de los más indispensables volúmenes de estos últimos años, citaremos, al azar, obras tan útiles como el *Traité de Métrique latine classique* de Nougaret, al que dedicamos en págs. 212 y s. una reseña; el *Manuel des particules grecques*, de D. Labéy, editado, como el anterior, por Klincksieck; el primer tomo de la *Bibliographie de l'antiquité classique (1898-1914)* de Lambrino, importantísimo por constituer el tan deseado enlace entre el Klusmann y el Marouzeau; la *Bibliographie de la langue latine* de Cousin; los *Principes de Phonologie* de Troubetzkoy; la tercera edición, muy mejorada, del *Dictionnaire étymologique de la langue latine* de Ernout-Meillet (cfr. nuestra pág. 110); *Les manuscrits*, bellísima introducción a la crítica textual, de Dain; el *Etymologisches Wörterbuch des Griechischen* de Hofmann; el *Oxford Classical Dictionary*, enciclopedia alfabética muy

segura en sus datos; el *Abriss der griechischen Verslehre* y la 3.^a ed. de la *Einführung in die griechische Metrik* de Rupprecht; la *Geschichte der lateinischen Sprache* de Altheim; las monumentales ediciones de Calímaco (Pfeiffer; falta todavía el segundo tomo, que comprenderá lo conservado por tradición indirecta), Teócrito (Gow) y el *Agamenón* de Esquilo (Fraenkel); varios volúmenes de colecciones papiáceas como el II de *Excavations at Nessana*, de Casson y Hettich (algunos curiosos textos latinos y bíblicos hallados en el S. de Palestina), el I de *The Antinoopolis Papyri*, de Roberts, los *Griechische literarische Papyri* de Schubart (escasos restos salvados de la catástrofe de Berlín) y los espléndidos *Merton Papyri* de Bell y Roberts; un amplio estudio del famoso parteno de Alcmán, obra de D. L. Page; las bibliografías en que se recoge la larga y fructífera obra del filólogo Paul Maas y del arqueólogo Sir John D. Beazley; etc., etc.

* * *

Si muchos son los libros publicados, muchísimos son los que están en pruebas o aguardando turno de edición. Sirvan de ejemplo el tan esperado Hesiquio de Latte; el segundo tomo (Sintaxis) de la *Grammaire homérique* de Chantraine; un nuevo Diccionario latino con que sustituirá la Oxford University Press al excelente, pero ya anticuado de Lewis y Short; otros cuantos volúmenes de colecciones papirológicas, como el IV de los papiros de Oslo, el II de Copenhague, el VI de Lund, el II de la *Berliner Leihgabe griechischer Papyri*; el segundo tomo del Plotino de Henry y Schwyzer y una edición del difícil tratadista de Rítmica Aristides Quintiliano, de que cuidará Winnington-Ingram.

* * *

En tanto, las colecciones prosiguen imperturbables su camino. Teubner ha recuperado su anterior supremacía con cuidadísimas reimpresiones de Baquilides, líricos griegos, Cicerón, Catulo, Horacio, Tácito; el *Handbuch der Altertumswissenschaft* ha lanzado la *Griechische Geschichte* de Bengtson, el II tomo de la *Griechische Grammatik* de Schwyzer (una excelente Sintaxis; faltan todavía los índices de la obra entera), el II de la *Geschichte der griechischen Religion* de Nilsson, el IV-V de la *Geschichte der griechischen Literatur* de Schmid y algunos fascículos del *Handbuch der Archäologie* de Otto; la *Real Encyclopädie* de Pauly-Wissowa ha publicado varios volúmenes de la escasa parte que resta por cubrir; algo ha avanzado también el *Thesaurus Linguae Latinae*, del cual está ya a punto para la imprenta lo correspondiente a las letras E, I, M; el *Lateinisches etymologisches Wörterbuch* de Walde-Hofmann ha llegado ya a la S; el *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch* de Pokorny va ya casi

por la mitad; el *Reallexikon für Antike und Christentum* progresa lentamente; la colosal *Veius Latina* de los Benedictinos de Beuron ha editado su primer fascículo; el *Wörterbuch der griechischen Papyrusurkunden* de Preisigke ha sido continuado en un nuevo fascículo por Kiessling; se trabaja intensamente en las *Inscriptiones graecae*, en el *Corpus inscriptionum latinarum*, en los *Urkunden der Ptolemäerzeit*, en el *Corpus medicorum graecorum* (cfr. *Arbor* XIX 1951, 30-31), en los *Denkmäler griechischer und römischer Skulptur* de Brunn, en la *Prosopographia Imperii Romani*, en las colecciones patológicas de Berlín y Viena; Europa y América editarán en colaboración un léxico de Tito Livio, y el *Archiv für griechische Lexikographie* de que hablábamos en pág. 55 está papeleteando la ed. teubneriana de los líricos con miras a un futuro *Thesaurus Linguae Graecae*.

* * *

La «Association Guillaume Budé» prosigue activamente su plan de edición: últimamente han sido publicados los tomos bilingües de Heródoto (libro VII), Cicerón (libro IV de las *Cartas*), Plinio el Viejo (libros I-II) y las *Instituta* de Gayo, además de la traducción de Epicteto. Seguirán, antes de diciembre de 1951, los dos primeros tomos de las *Leyes* de Platón, y luego, el vol. VI de Eurípides, dos de Demóstenes, los *Parva naturalia* de Aristóteles, los tomos XIII y XVIII de los discursos ciceronianos, los libros VIII y XXXIV de Plinio, el II de los *Panegíricos latinos*, el II de las *Cartas* de S. Jerónimo y el IV y último de Prudencio. Tomamos estas noticias de la nota de A. Dain en el *Bulletin* de dicha Asociación, núm. 3, 1951, 1-5. Sabemos también que se preparan un Arquíloco de Lasserre y un Tucídides de Mme. Romilly.

* * *

En el mismo número, el mismo autor (85-88) presenta una nota de los proyectos de ediciones clásicas en la Gran Bretaña. La serie de los Oxford Classical Texts prepara ediciones de Cicerón (*De natura deorum*, *De divinatione* y *De fato*), Séneca el filósofo, Livio V-IX, *Ética a Eudemo* y *De generatione animalium* de Aristóteles; Antífonte y Andócides, Calimaco (P. Maas), *Metafísica* de Aristóteles (W. Jaeger), Plotino, *Carmina erotica* de Ovidio y tragedias de Séneca. Aparecerán también comentarios de Ennio (O. Skutsch), Polibio, *Hipólito* y *Alceste* de Eurípides (este último de A. M. Dale), *Fedro* y *Gorgias* (éste de E. R. Dodds) y *Cartas* de Plinio. La Loeb Classical Library presenta también un nutrido plan (Cicerón, Livio, Plinio, Diodoro; papiros literarios en prosa, de E. G. Turner; Esopo, Aristóteles). En Cambridge preparan Gow y Schofield una edición de Nicandro.

* * *

Frente a este panorama alentador nos llegan a veces anuncios desagradables, como, por ejemplo, que no parece vayamos a disfrutar pronto de las Métricas griegas de Dain —demasiado prematuramente anunciada por la Editorial— ni de Snell, pues la colección en que ésta iba a figurar (cfr. pág. 110) se ha estancado ante la difícil situación alemana que ha paralizado también (cfr. pág. 55) la publicación de la nueva serie de *Philologus*.

* * *

Y otras tristes noticias, como las de los que ya no volverán a ilustrarnos con su palabra o con sus obras: los profesores J. J. E. Hondius, de La Haya, cuya prematura muerte constituye una amenaza para el *Supplementum Epigraphicum Graecum*; M. Lenchantin de Gubernatis, de Pavia; Axel Persson, de Uppsala; E. Capps, de Princeton; S. Witkowski, de Lwów; A. Wilhelm, de Viena, y tantos otros que han enlutado las páginas de las revistas científicas.

INFORMACION PEDAGOGICA

En el número anterior de nuestra revista, D. José Muñoz Sendino publica unas interesantes páginas sobre el Humanismo, que no resisto la tentación de comentar, pues afirmaciones remejantes se dejan oír con relativa frecuencia y es hora de hacer notar que junto a un fondo de verdad encierran algunos equívocos y prescindir de algunos hechos incontrovertibles.

El centro de la tesis de nuestro colaborador no puede ser puesto en duda por nadie: no basta con la enseñanza de la lengua; hay que penetrar «en el meollo de la lengua y del arte y del mundo histórico e institucional de los antiguos». De una forma parecida decía yo en una ponencia presentada en Santander sobre la lingüística y la enseñanza de las lenguas clásicas —y perdónese la autocita—, hablando de la finalidad del estudio de éstas en el Bachillerato: «nadie discute que de lo que se trata es de lograr un instrumento para la comprensión de las obras literarias de los griegos y romanos y, a través de ellas, de su cultura, que en tan gran medida pervive en la nuestra; y, al mismo tiempo, de ejercitar la inteligencia del alumno mediante el aprendizaje de lenguas de un tipo distinto del español y las europeas modernas en general». Consecuentemente procuramos en nuestra revista que lo gramatical no predomine.

Con todo, se traslucen en las páginas del P. Muñoz Sendino una inquietud contra la Lingüística que se nos figura exagerada. Es demasiado cierto que alguna vez se han sacado de quicio las cosas y puesto todo el interés en la enseñanza de esta Ciencia. Pero que salvando estos casos excepcionales la enseñanza de la Lingüística es útil, no se puede negar. En el aprendizaje elemental de la lengua, las explicaciones de Gramática Histórica ayudan al alumno a comprender y retener ciertos hechos y a despertar su interés; claro que siempre que no se convierta en un fin independiente en vez de aclarar y explicar simplemente. En un grado superior de enseñanza, el estudio de la Lingüística es irremplazable: sólo ella posibilita una verdadera comprensión de lo que son las lenguas griega y latina. Y si —según nuestro autor— «la cima y meta de la enseñanza humanística se cifra en la traducción» (por el horizonte que abre), hemos de decir que gracias a los progresos del estudio científico del lenguaje podemos hoy, por ejemplo, gustar de Plauto o de Tácito en una forma en que no podía hacerlo el renacentista que los medía por el

patrón de Cicerón o César: en otros términos, comprendemos mejor a Plauto y Tácito y también a Cicerón y César. Llevando esto al terreno de las traducciones escritas —esas transcripciones un poco burdas de nuestra comprensión estilística de un autor— es absolutamente cierto que nuestras traducciones son mejores que las de los siglos XVI o XVII en lo que respecta a aproximación al estilo del original, y ello gracias a nuestra mejor comprensión de lo que son lingüísticamente Homero o Tucídides, por ejemplo. En los siglos pasados se hicieron a veces traducciones que son verdaderas obras de arte, pero que tienen muy poco del espíritu del original. Claro que la Lingüística, como toda ciencia, ha de recorrer bastante terreno árido —al menos visto desde fuera— para lograr sus fines; pero a veces aun en lo que parece a primera vista pura especulación sobre puntos menudos (por lo demás tan necesaria, aunque no en una revista como ésta), hay elementos directamente explotables para la traducción. Ya que el P. Muñoz Sendino alude al aspecto verbal, me creo autorizado a hablar de mi ensayo sobre este tema en ESTUDIOS CLÁSICOS, I, 1. Nadie que tenga idea de lo que es el aspecto verbal traducirá igual que quien no lo conozca. Y si es acertada la crítica que allí hago de la definición de la oposición presente / aoristo como una oposición acción durativa / acción puntual simplemente (doctrina bastante extendida), así como las otras ideas esbozadas: ¿qué cosa puede tener mayor importancia para la traducción?

Otro punto que me interesa tocar aquí es el tan traído y llevado del Humanismo. «Hacer al hombre más humano» sería el fin de las humanidades. Ello se realizaría sin duda mediante la traducción que «nos lleva de la mano hasta las interioridades de un mundo en que nos es dado ver y contemplar al hombre en el logro acabado de su vigor y disciplina mental, en el más sereno equilibrio de su sabiduría moral». Muñoz Sendino viene a resucitar aquí un ideal renacentista (que, en efecto, ejemplifica luego con la traducción de Plutarco por Páez de Castro y su motivación): el mundo antiguo como modelo de perfección en muchos aspectos. Pero como hoy día no podemos dar al mundo antiguo una patente exclusiva de modelos humanos, se deduce que el autor no debería extrañarse de que se haya aplicado el nombre de humanismo a la contemplación o asimilación de los modelos humanos de otras épocas. Y conste que no basta con ampliar el concepto de Humanismo a la época del XVI o XVII, que tanto se ocupó de los clásicos, aunque no tenga demasiado que ver con ellos el Siglo de Oro español y su literatura. En realidad hay este dilema: si reservamos el nombre de humanismo a la ocupación con la antigüedad, la palabra ya no responde a su valor etimológico, pues damos de lo que hacemos una definición demasiado amplia y también por otro concepto demasiado estrecha; y si lo aplicamos a toda ocupación con temas humanos, hay un equívoco por la aplicación tradicional (condicionada históricamente) del nombre. Por tanto, lo me-

jor es eliminarlo y hablar de estudios clásicos, según el título de nuestra revista. Además, bajo el nombre de Humanismo se han querido hacer a veces en los siglos xix y xx cosas que estaban muy bien en la época llamada antonomásicamente del Humanismo (siglos xvi y xvii), pero que hoy no están tan bien.

Es que cuando hablamos de lo que son o deben ser nuestros estudios, hemos de contar siempre con un hecho: que la Antigüedad, que era hasta el siglo xviii inclusive un modelo de humanidad, es desde el xix el objeto de una serie de ciencias. El estudio de la Antigüedad podrá tener a demás otros varios objetos; pero no tendrá ninguno si no empieza por tener base científica. Y una ciencia tiene desde luego ciertas exigencias: por ejemplo, la necesidad de progresar para subsistir y, naturalmente, de prescindir del planteamiento de las cuestiones en un período precientífico. Pero tiene en cambio valiosas compensaciones. Nuestro conocimiento del mundo clásico es mucho más exacto que el que tenían los renacentistas. Aquellos elementos del mundo antiguo que conservan un valor permanente continúan ejerciendo una benéfica influencia en quien se compenetra con ellos: continúan humanizando, si se quiere. Pero el estudio de la Antigüedad, además de humanizarnos (en lo cual por lo demás, repito, no es el único), nos ayuda a comprender (y de aquí lo incompleto de la posición de Muñoz Sendino y de toda posición «humanista»). Hoy nos interesan en ese ciclo cultural otras cosas a las que sólo con ayuda de la ciencia podemos llegar: ya cosas admirables y no imitables cuya diferencia o incluso oposición con nuestra cultura nos ayudan mejor a comprendernos a nosotros mismos; ya también los orígenes y desarrollo e incluso decadencia de otras que se nos aparecen como tan naturales que no paramos la atención en ellas. Nada mejor que estudiar el desarrollo histórico de una cosa para comprenderla. Y el mundo antiguo representa un ciclo cultural ideal por lo complejo y abaricable al mismo tiempo. Si hoy no vemos en él todo lo que veíamos ni nos empeñamos en concederle exclusivas que no tiene, en cambio, junto a los antiguos motivos de interés debidamente corregidos, le conocemos y comprendemos mejor en todos los aspectos; y al comprenderlo mejor, comprendemos nuestra cultura europea moderna. En suma: el punto de vista humanista debe corregirse y completarse con el historicista, fruto de la Ciencia moderna.—F. R. A.

* * *

Presenta Gerald B. Else (*A Latin Morphology for Elementary Teaching*, en *Classical Journal*, 1951, 249-254) un procedimiento simplificado para el aprendizaje de la morfología latina. Partiendo de la afirmación de que la gramática elemental, en su habitual sistema, es excesiva para los fines de la enseñanza, y de que es hora de que se dé estado público a las simplificaciones que cada profesor realiza de un modo pri-

vado y casi clandestino, propone un sistema de temas, sufijos y desinencias de extrema sencillez. Para ello prescinde de toda consideración histórica, aun latente, y enfrentándose con la lengua clásica con un criterio de puro sincronismo, clasifica y encuadra las analogías y diferencias de sus formas. Como muestra de la libertad con que se prescinde de la ortodoxia científica en servicio de la eficacia didáctica, señalaremos que no admite para el nombre sino temas en vocal, y que lleva los temas en consonante al grupo de los temas en -e (no al de los en -i, que forman grupo aparte). No negamos *a priori* la posibilidad de unos resultados que sólo una experimentación del método podría comprobar. Por otra parte la síntesis lograda es ingeniosa y difícilmente superable en punto a brevedad. Nos queda, no obstante, la duda de si podrían obtenerse resultados análogos sin sacrificar hasta ese punto la verdad científica.—M. M. P.

* * *

El número 13 de la revista barcelonesa *Laye* (mayo de 1951) contiene varios trabajos atinentes a nuestros temas: un artículo de Juan Ferrater sobre *Hesíodo y Heidegger* (15-17); otro de J. Echave-Sustaeta (*Hontanares clásicos*) acerca de Horacio y su poesía (21-25); una reseña del *Oxford Classical Dictionary*, obra de J. F. (64), y finalmente, un virulento artículo de J. M. Mauri *Acerca de los cursos de Seminario en la Facultad de Letras* (10-12), donde se queja de que en aquella Universidad no exista prácticamente este tipo de enseñanza, lo cual, según el señor Mauri, se debe: 1.º, a deficiencias del plan de estudios, que no establece la obligatoriedad de los cursos monográficos de investigación para la Licenciatura; 2.º, a los profesores, que, por exceso de trabajo o por desidia, no han llenado por su cuenta esta laguna del plan; 3.º, a «la progresiva oligofrenia de los alumnos de Letras», cuya falta de dotes intelectuales fustiga en párrafos despiadados; 4.º, a la benignidad de los examinadores, hasta el punto de que él, personalmente, ha oído confundir la *dseta* con la *theta* en la especialidad de Filología Clásica sin que ocurriera nada: hay que dar lugar a una selección natural, y no retroceder ante la liquidación de cursos enteros.

* * *

En el número 14 de la misma revista, además de un artículo sobre *Exámenes y calificaciones* escrito por el Catedrático de Latín D. F. L. (9-11), hallamos dos respuestas al trabajo de J. M. Mauri. El Sr. Núñez Hernández (17-20) reconoce que hay muchas verdades en lo dicho por éste, aunque el tono de su artículo resulte acre e hiriente en exceso; pero alega que «no cabe hacer cosa mejor», no sólo por el bajo nivel medio del alumnado, sino por las harto conocidas deficiencias de nuestra Enseñanza Media.

Por su parte, el Sr. Sanmartí Boncompte, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras (15-16), protesta —en lo cual estamos de acuerdo con él— contra la inicua nota de oligofrenia dada a la casi totalidad de los alumnos de la misma. Si no abundan en ella los grandes talentos —a pesar de lo cual hay estudiantes brillantísimos—, es sin duda, porque nuestra carrera resulta poco atractiva desde el punto de vista material.

Además —sigue—, el escaso número de profesores y la aglomeración de alumnos dió lugar en Barcelona, recién terminada la guerra, a una situación precaria y anómala. Hoy todo se ha normalizado y ha mejorado hasta el punto de que, mientras hace algunos años era tolerado el uso de la Gramática en las pruebas de griego de la Licenciatura de Filología Clásica, desde hace algún tiempo «en los cursos comunes se ha venido explicando *Gramática Histórica de la Lengua Griega* (perfectamente lógico después de tres cursos de griego en el Bachillerato) y en el primer curso de la especialidad... se verifican pruebas sin diccionario sobre *coros* del teatro griego, en las que los alumnos demuestran plenamente que no se descuida el conocimiento práctico de la lengua».

¿De veras? Nosotros, aquí en Madrid, no hemos podido llegar a tanto, y esto, entre otras cosas, porque, no sabemos si por casualidad, rara vez encontramos un alumno que haya estudiado ni medianamente siquiera esos tres cursos del Bachillerato. Mientras las cosas estén así, mientras las clases de griego en los cursos comunes sean alternas, mientras no se aligeren y reformen los planes, es inútil —perdone el Sr. Mauri— hablar de cursos monográficos obligatorios, e injusto el censurar a los profesores que, como pueden, enseñan lo que pueden.—M. F. G.

* * *

En las páginas 95 y 96 dimos cuenta de los trabajos publicados en *Arbor* sobre el latín en el Bachillerato por D. Antonio Fontán (éste ha sido reproducido en la revista italiana *Minerva* LX 1950, 311-313) y don Alfonso Candau; podemos añadir una alusión al mismo tema y en el mismo sentido hecha por D. Florentino Pérez Embid en el mismo número de dicha revista (pág. 314). Como recordarán nuestros lectores, fundamentalmente se hablaba del poco rendimiento del latín y de la necesidad de sustituirlo en gran parte por las humanidades modernas (españolas) y enfocarlo en función principalmente del conocimiento del español.

Como era de esperar—opiniones semejantes han sido defendidas y discutidas desde hace tiempo—no han faltado los contradictores (cfr. página, 161). En una carta enviada a nuestra Redacción por el P. José María Mir, C. M. F., de la revista *Palaestra Latina* (cfr. pág. 186), dice que «las opiniones de los Sres. Fontán y Candau nos parecen excesivamente extremadas» y sugiere que el éxito o fracaso de estos estudios puede depender del interés o aburrimiento que profesores y alum-

nos pongan en su estudio, aduciendo los buenos resultados que se obtienen en algunos Centros.

En la revista *Ilustración del Clero* XLIV, 1951, 83-88, ha aparecido un artículo completo, titulado *Presencia del Latín en España* y firmado por Carlos E. Mesa, C. M. F., dedicado a combatir la tesis de los Sres. Fontán y Candau. Citaremos algunos de los argumentos. En el artículo en cuestión se defiende el plan actual de Enseñanza Media, pero se censura la violación de su espíritu en muchas cosas, por seguirse el memorismo y abusarse de lo filológico; en este mismo sentido se dice que el cálculo de las horas empleadas y el rendimiento final habría de hacerse no sólo con el latín, sino también con otras asignaturas. En cuanto al estudio de los clásicos españoles, el articulista señala el peligro de concesión a lo fácil y apunta que no deja de presentar problemas de índole educativa. El autor no cree, por otra parte, en el empobrecimiento actual del español de que habla el Sr. Candau. Finalmente, se ocupa del renacimiento actual de los estudios clásicos en España, refiriéndose concretamente a la obra llevada a cabo por la Universidad Pontificia de Salamanca y su revista *Helmantica*. Buen argumento éste sobre la vitalidad de nuestros estudios; añadamos, para completarlo, que no conviene olvidar el papel decisivo que en este renacimiento—inicio o promesa de renacimiento mejor—vienen desempeñando hasta ahora las Secciones de Filología Clásica de las Universidades de Madrid, Salamanca y Barcelona y los profesores que allí se han ido formando, así como el Instituto «Antonio de Nebrija» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, cuya revista *Emerita* permite que el nombre de España figure con dignidad entre los países que cultivan la cultura clásica. Los lectores de nuestra Revista conocen algunos de los trabajos en que estos grupos están embarcados actualmente.

En fin, ahí queda el problema abierto a la discusión. Por nuestra parte sólo haremos algunas observaciones. El Sr. Fontán habla con razón de los perniciosos efectos del Examen de Estado sobre el aprendizaje del Latín; igual se podría hablar, por ejemplo, de los que ejerce la multiplicidad de asignaturas o el comenzar el estudio del Latín demasiado pronto, cuando muchísimos alumnos no saben conjugar los verbos castellanos. O sea: ¿es lícito condenar al Latín por defectos que, en parte, provienen de un plan de enseñanza determinado y que afectan igualmente a otras materias? Otra pregunta: ¿Es realmente incompatible el estudio del Latín con el de la Lengua y Literatura Españolas, representadas ampliamente ya en el Bachillerato? Y una afirmación: que la opinión del Sr. Candau de que cualquier lengua culta puede hacer el papel de las clásicas como «gimnasia mental» no es acertada, se demuestra por el mismo hecho de que la dificultad de traducir el inglés o francés es infinitamente menor, pues su estructura gramatical es casi igual que la del español; sólo el alemán podría compararse en parte con el griego o el latín. En cuanto al problema de los respectivos valores

formativos de los clásicos y los autores españoles—y éste es el problema decisivo—es demasiado amplio e interesante para ser abordado aquí.—
F. R. A.

* * *

En la revista *Relazioni Adriatiche*, que ha empezado a publicar la Adriatica Editrice de Bari, leemos (núm. 1, 55-57) un artículo de L. Ferrannini cuyo contenido no es necesario detallar: basta con su título, que es *Esami, esami ... ed ancora esami, e sempre esami!* Como se ve, éste es hoy un tema universal.

* * *

La misma revista ofrece también (págs. 24-26) un interesante artículo de A. Ronconi, profesor de Latín de aquella Universidad, cuyo título es *Che cos' è questo latino?* Ronconi toma pie de un trabajo de F. Piccolo publicado en *Rassegna di vita e cultura scolastica*, julio-agosto 1950, trabajo en el cual se lamenta de que, después de ocho años de latín, un escolar no sea capaz de conversar en dicha lengua con su profesor. Piccolo echa la culpa de ello a las reglas gramaticales, excesivamente complicadas: él reduciría la Gramática a una treintena de normas y basaría la traducción inversa no en trozos escogidos de los prosistas del s. xvi, sino en fragmentos tomados al azar de un periódico.

Ronconi reconoce que las reglas gramaticales estrictas, los esquemas preconcebidos, «el empirismo y la abstracción están matando al latín; pero no lo resucitaremos si pasamos al exceso opuesto, volviendo a la tentativa, típicamente antihistórica, del latín enseñado con el método Berlitz». Cada generación tiene un mundo de conceptos e ideas típicamente suyos y distintos de todo lo anterior: no podemos, pues, expresar en latín nuestros pensamientos de hombres del siglo xx. Frente al latín «que se hablaría si se hablase hoy», el latín que llama *saltus vulpis* al fox-trot, *caeliscalpium* al rascacielos y *birota* a la bicicleta, está el latín «que se habla hoy», es decir, el español, el francés, el italiano, que sólo es posible aislar del latín por una abstracción semejante a la que nos permite distinguir entre latín arcaico y latín clásico.